

Esos tipos sensatos, esos tipos muertos en vida, agusanados de solemnidad y decadencia, esos Lombardo Toledano y esos Agustín Yáñez, éstos que nos aconsejan la prudencia cobarde, la hipocresía reptante y astuta, la maniobra tortuosa, esos que nos llaman *penitentes* por no sabernos conducir como ellos lo hacen; esos burócratas de la inteligencia y *croupiers* de la literatura, son los que pretenden que ya hemos triunfado. ¿Por qué lo dicen? Lo dicen porque pretenden que nuestro Movimiento acepte que el acto de respirar ya es en sí mismo una gracia magnánima que se concede como privilegio al hombre. Dicen: ¿Qué más quieren los estudiantes, qué más quiere la juventud si les permitimos, en ciertos momentos, que respiren? ¡A este grado de ignominia y de abyección ha llegado la falta de libertad en México!

—José Revueltas

Gilberto Guevara Niebla

Antecedentes y desarrollo del movimiento de 1968

INTRODUCCIÓN

Aún está por hacerse el análisis del 68 mexicano. El balance histórico del "Movimiento" continúa pendiente después de diez años. Como bien se sabe, la literatura y la reflexión militantes sobre ese acontecimiento, cuyas determinaciones continúan presentes en la vida actual del país, han sido muy pobres y no se ha llegado a generar en el seno de la izquierda mexicana ningún debate serio, significativo, sobre él. La conmemoración del décimo aniversario posiblemente nos ofrezca la última oportunidad de sentar las bases para una discusión de amplia envergadura; de no aprovecharla, es posible que esta conmemoración tome el significado de un enterramiento histórico.

En estos diez años la memoria objetiva sobre el 68 ha perdido terreno frente a la mitología creada por el propio movimiento. Los acontecimientos de aquel año crucial están presentes en la población, entre nosotros, cada vez más como anécdotas y como mito y cada vez menos como hechos sumamente aleccionadores y valiosos para normar nuestra práctica política presente. En las filas de las organizaciones de izquierda, reforzadas durante esta década con millares de jóvenes a quienes la experiencia del 68 lanzó al campo del socialismo el movimiento de 68 es virtualmente desconocido y en su seno circulan profusamente historias impregnadas de un aire legendario y mítico. El vacío de información concreta continúa siendo enorme.

En la memoria colectiva el conflicto de 68 sigue resumiéndose en lo que sólo fue su momento culminante: la masacre de Tlatelolco. El conflicto sigue siendo visto a través del prisma de la moral, como una tragedia o como un crimen sin nombre, y es innegable que la dimensión desproporcionada de esta inmolación masiva tendió una especie de telón en las conciencias de quienes lo presenciaron. Ese telón ha borrado de la perspectiva al movimiento en su dimensión global y concreta. El espectro de Tlatelolco continúa atosigando a los espíritus y bloqueándoles la visión de lo que ha sido la experiencia política de masas más aleccionadora del México contemporáneo.

El deber de los combatientes por el socialismo es, precisamente, contribuir a descorrer ese telón y tratar de elevar la conciencia de las masas del terreno de lo moral y del mito hacia el terreno de lo político-concreto, es decir, hacia la toma de una conciencia histórica correcta sobre los hechos.

En este marco se ubica nuestro esfuerzo por desentrañar la dialéctica interna de los acontecimientos del 68. Esperamos que esta aportación sea seguida por otras, más amplias y profundas, que nos ayuden a comprender cabalmente ese fenómeno capital de la lucha de clases contemporánea de nuestro país.

I. LA ANTESALA HISTÓRICA DEL MOVIMIENTO

En la primavera de 1942 el Estado mexicano consumó la primera masacre de estudiantes. Los hechos, hoy en día poco conocidos, fueron los siguientes: los estudiantes del IPN, habiendo declarado una huelga en demanda de reconocimiento legal para los títulos que concedía el Instituto, y otras reivindicaciones que atañían a problemas materiales que enfrentaban maestros y estudiantes, decidieron, para presionar al secretario de Educación Pública, realizar una manifestación que iría del Casco de Santo Tomás hasta el Zócalo.

La manifestación se inició a las 16 horas del día 6 de marzo y recorrió la mayor parte de su trayecto pacíficamente. Sin embargo, cuando la cabeza de la columna llegó a la encrucijada que forman las calles de Madero y Palma, recibió el ataque sorpresivo de policías judiciales y bomberos. La represión fue brutal: la policía hizo fuego contra la multitud y los bomberos cargaron con hachas y bastones. El balance posterior dio como resultado seis muertos, entre ellos una jovencita victimada bajo los golpes de hacha de los bomberos. Muchos otros estudiantes resultaron heridos.¹

El movimiento politécnico de 1942 que tuvo este desenlace trágico inauguró una nueva etapa en la historia del movimiento estudiantil mexicano. La modernización de la *superestructura* que se realizó en México desde 1940 incluía, naturalmente, la *transformación* o la *supresión* de las instituciones de educación popular fundadas durante el sexenio del general Lázaro Cárdenas. Estas instituciones (entre las que se contaban: el IPN, los Tecnológicos, las Escuelas Prácticas de Agricultura, etcétera) acogían a auténticos hijos del pueblo (estudiantes de pocos recursos económicos recibían becas, alimentación, habitación, etcétera), y se inspiraban en una filosofía abiertamente nacionalista y antimperialista. En realidad, el movimiento de 1942 constituyó la primera reacción estudiantil ante los ataques del poder a las instituciones de educación popular. Movimientos estudiantiles de esta naturaleza *defensiva* tendrían lugar más tarde, en 1949, 1952 y, finalmente, 1956. En este último año 120 000 estudiantes de los centros de educación popular fueron a la huelga por reivindicaciones fundamentalmente "economicistas" y el Estado respondió encarcelando a dirigentes acusándolos de "disolución social", y haciendo intervenir al ejército en el Internado del IPN. La tropa permaneció en ese lugar.

¹ Véase, *Problemas Agrícolas e Industriales*, "La crisis de la educación en México", México, 1959.

Por el contrario, mientras se daban los ataques a los centros de educación popular, se operaba paralelamente un mejoramiento de las relaciones entre el Estado y la Universidad Nacional. Se dictó una nueva ley orgánica para la UNAM (1945) que la reinstalaba en la cúspide de la pirámide educativa nacional. A partir de entonces el presupuesto de esa institución creció notablemente. En 1953 se inauguraría la Ciudad Universitaria, la cristalización más importante de este proceso de elevación de la Universidad Nacional. En realidad esta recomposición institucional encerraba un cambio fundamental en la *función hegemónica* del Estado: se renunciaba, en materia de educación superior, al antiguo espíritu nacionalista, antimperialista y socializante y se retomaba el modelo clásico de educación liberal que era absolutamente funcional con la nueva estrategia "desarrollista" del Estado. Este cambio generó, como vemos, la *crisis* del sector "popular" del sistema educativo (crisis que se manifiesta en lo político con las luchas estudiantiles y que se resuelve generalmente por la vía de la represión) y el *auge* del sector liberal.

En el marco de la nueva estrategia del Estado, cuyo eje ordenador lo constituía "la industrialización a toda costa", se presentaba como una necesidad la reordenación y refuncionalización de los aparatos ideológicos y de las estructuras políticas del país. La coronación de la Universidad Nacional como cúspide del sistema educativo indicaba claramente, sin embargo, que no se trataba simplemente de una opción educativa. A través de la Universidad se establecía una *alianza* y se firmaba un *pacto* entre el poder y los gremios de profesiones liberales hasta entonces fuertemente discriminados y se llegaba a un acuerdo histórico entre el poder y la intelectualidad universitaria de corte espiritualista que, en lo ideológico, representaba a esos gremios. En el marco de esta reconciliación histórica entre el Estado y la Universidad Nacional se explica el ascenso de las fuerzas políticas oficialistas (priístas) en el seno del movimiento estudiantil universitario. A partir de 1944, en que la derecha estudiantil sufrió su derrota fundamental con la expulsión de la rectoría de la UNAM de Brito Foucher, la vida política de la institución se transformó. Las luchas estudiantiles de 1946 (contra Fernández Mac Gregor) y de 1948 (contra el rector Zubirán) fueron, en realidad, los últimos combates de la extrema derecha agonizante. En el futuro, hasta la víspera de 1968, el movimiento estudiantil universitario estaría dominado por corrientes políticas gobiernistas (las "generaciones trepadoras" como se les llamó) y la atmósfera política de la Universidad estaría dominada en este periodo por la corrupción y el oportunismo.

La insurgencia obrera y campesina

Para fines de la década de los cincuentas los resultados de la nueva estrategia desarrollista saltaban a la vista: la riqueza nacional había venido creciendo bajo el impulso del crecimiento industrial, pero esa riqueza tendía a concentrarse cada vez más en unas cuantas manos y a postrar en la miseria a las grandes masas de la población.² En realidad, comenzaba a despuntar una crisis global del sistema. Esta crisis del capitalismo mexicano se expresó al principio en sus dimensiones política e ideológica. Entre 1958 y 1959 cristalizó el más relevante fenómeno de insurgencia obrera de todo el periodo y entre 1958 y 1965 estallaron innumerables luchas campesinas que sacudieron las más importantes zonas agrícolas del país. Las masas de trabajadores del campo y de la ciudad se lanzaron al combate contra las condiciones de miseria y opresión a las que se les reducía y el Estado de la revolución mexicana recibió una primera contestación masiva encabezada por los trabajadores urbanos. De hecho, en 1959 voló en pedazos el "pacto social" que el poder y los trabajadores habían establecido durante el sexenio cardenista. El hecho más significativo fue que obreros y campesinos buscaron en el proceso de sus luchas integrarse orgánicamente al margen del Estado, rechazaron al PRI y proclamaron como divisa la organización independiente de las masas. El bloque dominante se fracturaba. Este desgarramiento se puso de manifiesto en la medida en que el poder respondió sistemáticamente a la insurgencia de las masas mediante la represión. A las acciones políticas de disidencia se contestó con bayonetas; las organizaciones independientes fueron desarticuladas (caso de la CCI) o sometidas por la fuerza al control oficial (caso del Sindicato Ferrocarrilero), y los dirigentes de masas de la oposición fueron encarcelados, sufrieron persecución o terminaron vilmente asesinados como Rubén Jaramillo. Las masas populares salieron *derrotadas* de esta primera gran confrontación, pero las condiciones materiales que habían dado lugar a su insubordinación se mantuvieron vigentes. Por otro lado, el poder se vio obligado a pagar su victoria con una enorme pérdida de prestigio. En realidad, la manifestación culminante y espectacular de la crisis global del capitalismo mexicano no tendría lugar sino más tarde: en 1968:

Entre 1959 y 1968 se observa en el país un claro proceso de endurecimiento político del Estado, una aguda tendencia a la concentración del poder y a la intolerancia oficial para con toda fuerza que no estuviese incorporada a la "familia revolucionaria". El antiguo nacionalismo "revolucionario"

² Cordera Campos, R., "Estado y desarrollo en el capitalismo tardío y subordinado", en *Investigación Económica*, n. 123.

fue abandonado en favor de un nacionalismo "burgués" y reaccionario que calificaba a toda fuerza de oposición al poder como "exótica" o "extranjerizante". Después de la represión de los ferrocarrileros, la lucha contra la subversión y el comunismo se convirtió en la preocupación central de los gobernantes. En esta tarea nunca se respetaron barreras morales o legales. La represión ensombreció al país. La policía (cualquiera de ellas) irrumpía súbitamente para disolver reuniones sindicales, para reprimir manifestaciones de las agrupaciones políticas y públicas, para asaltar los locales y aprehender a sus dirigentes, etcétera. Los sindicatos fueron limpiados de "comunistas" y los grupos campesinos independientes aniquilados política o físicamente. El reflujó en el movimiento obrero se acentuó y para 68 ya se contaban con los dedos de la mano los sindicatos auténticamente independientes.

Los grandes combates de los estudiantes

Es en este cuadro de ascenso del autoritarismo oficial y declinación del movimiento obrero que las luchas estudiantiles comenzaron a resurgir y ocupar el primer plano de la escena política nacional. La insurgencia estudiantil fue un fenómeno que se desarrolló en los años sesentas, aunque hubo antes, es cierto, un movimiento estudiantil en la capital de la república que fue como su anuncio heráldico: el movimiento "de los camiones" de 1958. Entre 1960 y 1967 hubo luchas estudiantiles relevantes en casi todas las circunscripciones de la república. En 1960 estalló una lucha estudiantil de franco contenido político en el estado de Guerrero que culminó con una masacre popular y con el derrocamiento del gobernador de la entidad. En 1961, los estudiantes capitalinos se lanzaron a la calle en apoyo de la revolución cubana, cuando los norteamericanos patrocinaron la invasión de Bahía de Cochinos, y la última de las manifestaciones que realizaron concluyó salvajemente reprimida por los granaderos. En 1962 los estudiantes universitarios de Puebla iniciaron el movimiento de Reforma Universitaria, enfrentando la oposición violenta de los fascistas locales. En 63 sobrevino un conflicto de graves proporciones en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, cuyo desenlace fue el derrocamiento del rector, doctor Eli de Gortari, de conocida filiación izquierdista. Ese mismo año el movimiento de los estudiantes rechazados de la UNAM alcanzó su punto climático; millares de alumnos que habían concluido su preparatoria amenazaron con apoderarse de las instalaciones administrativas de la Universidad si no se derogaba el "examen de admisión" y se les concedía la inscripción. Este movimiento, sin embargo, se desinfló, fundamentalmente por falta de organización y dirección políticas, antes de

haber conquistado sus demandas. En 64, de nuevo los estudiantes poblanos se lanzaron al combate y derrocaron, con el apoyo de amplios sectores populares, al gobernador del estado, general Nava Castillo. Unos meses más tarde (en junio de 65) los granaderos, auxiliados con agentes de otras corporaciones policiacas del DF reprimían con brutalidad una gran manifestación que realizaban los estudiantes capitalinos en apoyo al pueblo de Vietnam y de condena al imperialismo norteamericano. Más adelante, en agosto de 1965, estalló el movimiento médico y todas las facultades y escuelas de medicina del país se lanzaron a la huelga. En solidaridad, fueron a la huelga en esa ocasión muchos otros centros escolares, entre otros la Facultad de Ciencias, la Nacional de Economía y la Escuela Nacional de Ciencias Políticas de la UNAM. El resultado de esta lucha es ampliamente conocido: los médicos y los estudiantes de medicina fueron vencidos por la represión y las amenazas del poder.

1966 fue un año clave en la insurgencia estudiantil. Ese año los estudiantes universitarios de Sinaloa conquistaron a través de una huelga victoriosa la autonomía para su Universidad. Luego, los estudiantes de Durango reclamaron, en un movimiento de claros matices políticos, la explotación racional del Cerro del Mercado y las autoridades locales enfrentaron una seria crisis política. En 1966, también estalló una lucha en la Universidad Nacional que iniciaron oportunistas (priístas embozados) de la Facultad de Derecho, pero que sacudió a la institución y llegó a incorporar a masas importantes de estudiantes. A consecuencia del movimiento, como se sabe, el doctor Ignacio Chávez fue forzado a renunciar a su puesto de rector, y el cuerpo de policía interior de la UNAM desapareció.³ Finalmente, el asesinato en 1966 de un estudiante de la Universidad Nicolaíta de Michoacán generó un movimiento estudiantil local que demandaba la renuncia del gobernador, Agustín Arriaga Rivera. El movimiento comenzaba a tomar grandes proporciones cuando el Estado resolvió tomar la medida extrema para aplacarlo: el ejército ocupó los locales de la Universidad michoacana. De esta manera se reinauguró en México esta técnica represiva que

³ Iniciado a partir de una acción "putchista" (la toma de la rectoría por un grupo de estudiantes de Derecho) el movimiento de 66 en la UNAM se extendió inmediatamente y llevó a involucrar grupos importantes de alumnos del ala de humanidades y algunas escuelas del ala técnica. El contenido de las demandas estudiantiles era francamente antiautoritario y reformista: se demandaba la desaparición del cuerpo de vigilancia de la Universidad que hacía las veces de una policía interior y, junto a esto, se exigía la desaparición de la Junta de Gobierno, la instauración de un Consejo Universitario paritario, la reforma de los planes de estudio de las escuelas, etcétera. Pero en realidad estas banderas fueron "inventadas" después de estallado el movimiento y nunca llegaron a ser sentidas en profundidad por las masas universitarias. De hecho, el movimiento se autoconsumió rápidamente una vez que se nombró al nuevo rector, ingeniero Javier Barros Sierra. La lucha del 66 fue, no obstante esto, una transición fundamental en la evolución de la conciencia política de los estudiantes universitarios.

había sido frecuentemente utilizada bajo los regímenes "gorilas" de América del Sur. Muy pronto se pondría de nuevo en aplicación esta fórmula brutal: en 67, los estudiantes de Sonora se lanzaron a la huelga en demanda de reformas estructurales para su universidad y encontraron una férrea oposición de parte del rector de la institución, que recibió el apoyo directo de la burguesía local. El conflicto había llegado a una especie de "equilibrio de fuerzas", cuando se hizo intervenir primero a la policía y después al ejército. En realidad, a pesar de las grandes protestas de la opinión pública, particularmente de los sectores académicos e intelectuales de todo el país, la ocupación militar de las universidades, violatoria de su autonomía, jamás recibió explicación alguna por parte del gobierno federal. La espiral de la represión, como se ve, continuaba ascendiendo en la medida que crecía la insurgencia estudiantil. Por último, en ese mismo año de 1967, se realizó la más importante lucha estudiantil del periodo, tanto por sus proporciones cuantitativas, como por su carácter nacional: el movimiento estudiantil de solidaridad con los alumnos de la escuela de agricultura "Hermanos Escobar" de Ciudad Juárez, Chihuahua. La reivindicación fundamental era que esa escuela privada fuera incorporada al Estado. El combate de los estudiantes de Ciudad Juárez desencadenó un gran movimiento de solidaridad en todo el país. Estallaron huelgas de apoyo en todas las escuelas de agricultura, incluyendo la Nacional (Chapingo), y en muchos otros centros escolares, llegando a haber, en un momento dado, 70 000 huelguistas en todo el país. La sorpresa en este movimiento fue la incorporación inesperada del Instituto Politécnico Nacional. El IPN resurgía después de once años de marginación, y resurgía barriendo con los líderes charros de la FNET, que así recibió un golpe político definitivo. Finalmente, el movimiento de 1967 concluyó con un resultado esencialmente victorioso: el gobierno aceptó crear una nueva escuela de agricultura bajo la dependencia de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Con este gran triunfo, tuvo su coronamiento la insurgencia estudiantil de los sesentas, aunque debe apuntarse que incluso en 1968, entre enero y julio, hubo numerosas luchas estudiantiles en numerosos lugares del país. La más importante de estas últimas, sin duda, fue la Marcha por la Ruta de la Libertad organizada por la CNED y que fue interrumpida súbitamente por el ejército.

Las determinaciones estructurales de la rebelión estudiantil

En la insurgencia estudiantil de los años sesentas —incluido el 68— tenemos que ver tres grandes conjuntos de determinaciones: 1] De un lado, la socialización y proletarización del trabajo intelectual, un fenómeno que comenzó a generalizarse desde fines de la década de los años

cincuentas y que respondía directamente a las formas específicas que tomaba la acumulación de capital en la formación social mexicana. 2] En segundo lugar, la crisis de los aparatos formadores de cuadros profesionales en el país, aspecto particular de la crisis general de la educación mexicana. 3] Finalmente, un elemento relevante en la explicación de la insurgencia de los estudiantes es la *crisis de valores* que la sociedad mexicana observa sobre todo en el medio urbano transformado por el crecimiento industrial y que toca de manera fundamental a la juventud.

A principios de los años sesentas se hizo evidente una contradicción grave entre las instituciones formadoras, como a UNAM, y las formas específicas de trabajo profesional que nacían en la nueva fase de industrialización del país. La "socialización" de la economía generada por los monopolios promovía una socialización del trabajo profesional. La universidad continuaba produciendo "profesionales liberales" mientras que la sociedad reclamaba, por el contrario, profesionales asalariados. El trabajo intelectual se proletarizaba. Gozar de un título profesional ya no significaba, como antaño; gozar de un prestigio público, una condición económica privilegiada, etcétera. Los profesionistas (médicos, abogados, ingenieros) se encontraban ahora ante una única perspectiva: incorporarse como *asalariados* a las grandes instituciones del Estado o a los consorcios privados. La "época de oro" de las profesiones liberales estaba liquidada. Este hecho golpeaba fuertemente a los sectores intelectuales del país en los años sesentas.

En realidad, el "modelo" centralizador y liberal de formación que el Estado había escogido en los años cuarentas, poniendo a la Universidad Nacional como eje del sistema de educación superior, estaba mostrando, veinte años después, su disfuncionalidad y contradicción con la forma específica de división social del trabajo que trajo consigo la industrialización dependiente. La crisis de este modelo se expresaba particularmente en la Universidad Nacional que, como se sabe, para 1960 ya se había convertido en una auténtica universidad de masas (entre 1950-60 la UNAM creció en un 316%). El problema no se reducía, sin embargo, a la contradicción sobre la forma, liberal o asalariada, del trabajo profesional, sino que tocaba muchos otros niveles: los contenidos de la formación universitaria se desfasaban completamente con relación a la evolución del trabajo profesional, los sistemas de enseñanza devenían obsoletos ante el fenómeno de la masificación de las escuelas, etcétera. En la Universidad de masas el espíritu académico antiguo perdía vigor, la disciplina en el claustro universitario se relajaba y un confuso malestar se iba apoderando tanto del estudiantado como del magisterio de educación superior.

A estas dos tendencias objetivas con que se expresaba en los años sesentas la crisis del

capitalismo mexicano, debemos agregar el derrumbe progresivo de la ideología del "desarrollismo" y del "progreso" que los sedicentes herederos de la revolución mexicana enarbolaron en la época de la industrialización. La proletarización del trabajo intelectual demostraba a amplias capas de las clases medias el carácter ilusorio del discurso oficial. Por otro lado, en el interior de la Universidad era visible el deterioro de las viejas ideologías espiritualistas, del antiguo espíritu académico. Fuera del espacio escolar, en el medio urbano se vivía una profunda crisis de valores que tocaba notablemente a la juventud "clasemediera" del país. En la perspectiva existencial de estos jóvenes sólo estaba el desierto.

Crisis social que toca ampliamente a los sectores intelectuales del país, crisis educativa y crisis de valores, las tres no representaban sino tres grandes renglones de la crisis general del capitalismo mexicano.

La CNED y la insurgencia estudiantil

Hay una serie de acontecimientos, algunos internacionales y otros de orden interno, que nos dan la pauta para explicarnos la orientación política que tuvo la radicalización de los estudiantes durante los años de que tratamos. Evidentemente, en el orden interno debe anotarse la propia insurgencia sindical de los años 58-59 que ejerció un fuerte impacto en el medio estudiantil capitalino. En el orden externo, sin duda, tuvieron una gran relevancia la crítica al stalinismo iniciada por Jruschov en el XX Congreso del PCUS, el conflicto sino-soviético y la guerra de Vietnam; pero fue sobre todo el triunfo de la revolución cubana el hecho que más influyó política e ideológicamente en el medio estudiantil mexicano de los sesentas. El impacto fundamental de estos grandes acontecimientos tuvo lugar entre 1959 y 1961, como puede verse.

El XIII congreso del PCM, en el que los comunistas mexicanos, siguiendo el ejemplo de los soviéticos, se deslindaron de "la" corriente stalinista representada por Dionisio Encina, significó un remozamiento político de esta organización y creó el medio adecuado para que se planteara en ella la tarea de una "reconstrucción" del movimiento estudiantil que no había logrado resurgir después del golpe al IPN de 1956. En 1963, por inspiración fundamentalmente de los comunistas se creó en Morelia la Central Nacional de Estudiantes Democráticos. La CNED nació con el carácter de un frente estudiantil amplio, pero provisional. En ella participaban distintas fuerzas políticas, de distintos signos ideológicos, que tenían como común denominador el ser fuerzas autónomas respecto del Estado y estar dispuestas a luchar por un programa de reivindicaciones democráticas.

Por otro lado, la organización se concebía a sí misma como una coordinadora provisional del estudiantado mexicano: la CNED sólo tendría su constitución formal como la central de los estudiantes democráticos del país cuando efectivamente hubiera conquistado esa representación, cosa que se esperaba lograr en el término de algunos años.

La CNED fue el proyecto político estudiantil más ambicioso de los años sesentas. Bajo estas siglas, en efecto, fueron creadas o reestructuradas muchas federaciones estudiantiles independientes y muchas de las luchas estudiantiles que se desarrollaron en la provincia mexicana encontraron su orientación política en esta organización. Sin embargo, a partir de 1966 la CNED entró en una franca declinación y el movimiento de 1968 la llevaría a su definitiva desaparición. La crisis y el fracaso final de esta organización se explican por dos factores: 1] de entrada, la política sectaria y equívoca que aplicó el PCM en el interior de la organización, y en seguida 2] la incapacidad de ese tipo de organización para captar y orientar el movimiento estudiantil metropolitano que, desde 1966, irrumpe con gran fuerza y domina el panorama de la insurgencia.

Concebida como "frente estudiantil" amplio, en el que participaban fuerzas de cualquier marca ideológica (desde maoístas o trotskistas hasta cristianos), la CNED vivió, sin embargo, un rápido proceso de disgregación: desde la II Conferencia, realizada en la ENE en 1964, se puso en evidencia que la fuerza mayoritaria de la organización, el PCM, no estaba dispuesta a aceptar una política de concesiones y de diálogo con las fuerzas estudiantiles minoritarias. La mayoría se aplicaba implacablemente en cada una de las votaciones sin importar que las decisiones así tomadas polarizaran definitivamente a las fuerzas internas. No había espacio para la mediación. En estas condiciones, en muy poco tiempo se ahuyentó de la CNED a casi todas las fuerzas no comunistas, y para 1966 la organización era reconocida en casi todo el medio estudiantil como el "frente amplio de la Juventud Comunista". A esta política sectaria tendrían que agregarse errores políticos concretos en la dirección de CNED: en 1966 la dirección del PCM proyecta a la dirección del organismo a un individuo que semanas después se descaró ante todo el mundo como militante del PRI. Resultó, pues, que el primer presidente de la CNED fue ¡un priísta!⁴

Hubo, sin embargo, factores de otro tipo que actuaron en la crisis de la CNED. Uno, muy relevante, es que el tipo de organización y de programa que postulaba para los estudiantes, si bien respondía efectivamente al contexto del sistema de educación superior en *la provincia* de la república, no correspondía al tipo de movimiento estudiantil que se estaba generando en la capital

⁴ El individuo en cuestión es Enrique Rojas Bernal, hoy funcionario público.

del país. La CNED había nacido inspirada en un espíritu de reconstrucción del movimiento estudiantil, pero teniendo como ejemplo de movimiento estudiantil democrático y popular aquel que había florecido en los centros de educación popular cardenista y cuyo ciclo se había cerrado con la represión al IPN de 1956. El rescate de aquella experiencia histórica del estudiantado formaba parte importante de la idea de CNED; de ahí su acento en las reivindicaciones materiales. Sin embargo, para los años sesentas el cuadro de la educación superior se había transformado casi por completo. Entre otras cosas, el IPN ya no era el Politécnico popular y revolucionario que se había conocido en el pasado. Para 1966 el Instituto ya no tenía ni internado ni comedores estudiantiles y el número de becas había disminuido notablemente. En la nueva sede del IPN (Zacatenco) podían observarse, al igual que en CU, millares de automóviles estacionados. Podría decirse que nada esencial diferenciaba ahora al IPN de la Universidad Nacional. En estas condiciones, un programa reivindicativo de fuerte carácter "economicista",⁵ como el de la CNED, ya no podía tener en el IPN el éxito que había tenido en el pasado. El medio estudiantil de la capital de la república no se agitaba ahora con la bandera de "becas para estudiantes", se agitaría — como se demostró en 1966, 1967 Y 1968— con reivindicaciones políticas, antiautoritarias, de impugnación a la jerarquía universitaria y al autoritarismo del Estado mexicano.

Lo anterior nos permite comprender el porqué del éxito de la CNED en los centros educativos de provincia (que vivieron entre 1958 y 68 una década de "miseria financiera") y el fracaso sistemático de la central en su intento por implantarse en la capital del país. Finalmente, a partir de 1966, en que la UNAM se incorpora de manera importante (con participación de masas) a la insurgencia estudiantil, y de 1967, en que lo hace el Poli, se hace muy ostensible la declinación de la CNED, que se ve impotente para tomar la cabeza en los nuevos campos de batalla en los que, todo el mundo sabe, tendrían lugar los combates decisivos. Pero si todo esto es cierto, no debemos, sin embargo, disminuir el papel positivo que cubrió esta organización durante la insurgencia estudiantil. La CNED representó a pesar de todos los errores que presidieron su existencia, una línea política de masas (entre 1960 y 68) para el movimiento estudiantil y a través de sus iniciativas se forjaron muchos cuadros políticos estudiantiles en quienes se sintetizaría la experiencia política de la insurgencia estudiantil que precedió a 1968.

La Nueva Izquierda mexicana

⁵ Véase la "Declaración de Morelia" (1963) y particularmente el *Informe del Comité Central del CNED a la II Conferencia* (1964).

La Nueva Izquierda o "izquierda revolucionaria" es un fenómeno que acompañó a la insurgencia estudiantil de los sesentas. Esta tendencia política —llamémosla así— en el movimiento estudiantil se alimentó con grupos de estudiantes radicalizados bajo el impacto sea del movimiento ferrocarrilero del 58-59, sea del triunfo de la Revolución Cubana. Muchos de sus militantes iniciales habían sido militantes anteriormente del PCM. En realidad, a esta Nueva Izquierda la reúne la común discrepancia de sus fuerzas componentes con el Partido Comunista y se vertebra ideológicamente con influencias del trotskismo, del maoísmo y del "foquismo" guerrillero. Multitud de organizaciones —grupos y grupúsculos— de vida más o menos efímera formaron parte de la Nueva Izquierda mexicana. Algunos de ellos fueron: la Liga Comunista Espartaco, el Grupo Comunista Internacionalista, la revista *Hora Cero*, el Movimiento Marxista Leninista de México, etcétera, etcétera. Estos grupos encontraron su principal asiento en el "ala de Humanidades" de la UNAM, particularmente en las escuelas y facultades de Filosofía, Ciencias Políticas y Economía.

La paradoja de la Nueva Izquierda es que aunque está implantada fundamentalmente en el medio estudiantil, no hace, sin embargo, política estrictamente "estudiantil". La Nueva Izquierda emergió en el país en un momento en el cual el movimiento obrero había sufrido la derrota fundamental del 59 y el movimiento campesino comenzaba a experimentar un reflujo histórico. La represión se recrudecía por todo el país. Fue en este marco que las fuerzas revolucionarias nacionales encontraron en el medio estudiantil su espacio fundamental de desarrollo. Otros espacios les estaban vedados. Sin embargo, la Nueva Izquierda cristalizó en el medio estudiantil a través de grupos que se veían a sí mismos como "partidos políticos nacionales", como "representantes del proletariado" o, en su caso, del "pueblo", como "vanguardias de la revolución", etcétera. El programa de la Nueva Izquierda en la Universidad no era un programa que integrara los problemas e intereses de las masas estudiantiles o magisteriales. Por el contrario, era un programa *revolucionario* cuya realización atañía fundamentalmente a sectores populares o al proletariado. Pero no esencialmente a los estudiantes. El estudiantado es concebido como un participante secundario de la gente revolucionaria o, en otros casos, se le reconoce abiertamente como un sector "pequeño-burgués" y, por lo tanto enemigo de la revolución. El discurso de la Nueva Izquierda no estaba dirigido a las masas de estudiantes, o en todo caso, sólo se dirigía a aquellos estudiantes excepcionales que se habían radicalizado y asumían plenamente las tareas revolucionarias. Es decir, a la Nueva Izquierda sólo le interesaban los estudiantes "revolucionarios". Es este marco específico el que explica el carácter sectario de estas agrupaciones izquierdistas, su incapacidad para

encabezar el descontento estudiantil, su alejamiento de las masas.

El aislamiento de la Nueva Izquierda fue más acentuado, empero, entre 1960 y 1968, años en los cuales la UNAM vivió un periodo de relativa estabilidad interna, con ausencia de movimientos de masas importantes. Con ese fondo de paz escolar, el discurso izquierdista tomaba caracteres completamente abstractos y doctrinarios y la "polémica ideológica" —en la medida en que excluía a las masas— devenía un franco fenómeno de autoconsumo. Fue el movimiento de 1966 el acontecimiento que determinó un giro en esta situación. La irrupción de las masas en la escena política universitaria no dejó, es cierto, ninguna experiencia fundamental en materia de organización, pero sí provocó un cambio fundamental en la actitud de los grupos de la Nueva Izquierda frente a la Universidad misma y frente a los problemas nacionales. Entre 66 y 68 se observó en el ala de Humanidades de la Universidad que los grupos revolucionarios hablaban cada vez más frecuentemente de problemas nacionales concretos como la cuestión de la reforma universitaria, el asunto de los presos políticos, la cuestión de las universidades de provincia, etcétera. Este cambio no significó, sin embargo, una ruptura esencial con el pasado: el discurso de la Nueva Izquierda siguió siendo el mismo, sus programas se mantuvieron esencialmente inmutables, sus métodos de lucha no cambiaron. Así, la última gran iniciativa de estas agrupaciones tuvo lugar en vísperas de 1968 y consistió en integrar una organización estudiantil de carácter nacional, pero a esta organización no podía pertenecer cualquier estudiante sino que estaba reservada para el grupo selecto de los estudiantes revolucionarios. Nos referimos a la Unión Nacional de Estudiantes Revolucionarios (UNER) organización que, al igual que su homóloga y adversaria, CNED, desapareció bajo la tormenta del 68.

II. EL MOVIMIENTO DE 68

En la ruta de la olimpiada

En vísperas del estallido del movimiento de 68 la imagen que presentaba al exterior el país era inmejorable: México mostraba al mundo índices de crecimiento económico sólo comparables a los alcanzados por países como Japón y Alemania en el periodo de la posguerra, y se proyectaba mundialmente como caso ejemplar de sociedad que avanzaba positivamente hacia "el desarrollo" en condiciones de estabilidad política y sin sacrificar las libertades democráticas. Entonces —como

hoy— la República Mexicana se exhibía en los medios internacionales como el rostro civilizado y libre de una América Latina dominada en su mayor parte por regímenes dictatoriales. Los apologistas del régimen mexicano, nacionales o extranjeros, no se cansaban de repetir estas características excepcionales del vecino sureño de los Estados Unidos.

Con la idea de obtener la sede de la XIX Olimpiada (que debería desarrollarse en octubre del 68) se intentaba, en realidad, simbolizar una cierta coronación de esta magnífica marcha del progreso. México fue el primer país del mundo subdesarrollado que logró el privilegio de convertirse en sede olímpica y en la óptica, ciertamente provinciana, del gobierno de Díaz Ordaz, los juegos olímpicos darían al país una especie de "carta de madurez". En cierta forma, con ellos, México dejaba el segundo plano de la escena internacional y se colocaba entre la élite de los "grandes".

La olimpiada, pues, se presentaba como una gigantesca mascarada. Obviamente el discurso oficial ocultaba en los círculos internacionales las dos realidades crueles que habían acompañado a la modernización capitalista del país, a saber: 1] la miseria creciente de las grandes masas de la población y la concentración desproporcionada de la riqueza, y 2] la agudización progresiva del autoritarismo y el despotismo del Estado. Para 1968 no quedaba nada de la "democracia" cardenista; las libertades políticas habían sido liquidadas a tal punto que no existía, para entonces, un solo sindicato importante en el país que escapara al control oficial, una sola organización política marginal al sistema electoral oficial que no fuera objeto de persecución, un solo órgano de prensa importante que manejara una línea política independiente frente al poder. La concentración del poder en manos de los gobernantes llegaba al extremo de que ni siquiera a la oposición "domesticada" que representaban el PAN y el PPS se le concedían triunfos electorales legítimos. Toda manifestación espontánea de descontento social no conducida dentro de los cauces "institucionales" que aseguraban la subordinación de los disidentes a la autoridad oficial, era condenada como ilegítima y sufría la represión. La violencia oficial creció seguramente en una proporción mucho más alta que los índices económicos. Por la fuerza había sido exterminado el movimiento obrero independiente, por la fuerza habían sido aplastados casi todos los movimientos campesinos que explotaron en el periodo 1958-65, y el mismo tratamiento había aplicado el Estado a casi todas las luchas de sectores medios como la de los maestros, en 1960 y la de los médicos, en 1965 y las mencionadas de estudiantes. El testimonio material de esta escalada histórica de la represión se encontraba en las cárceles, pobladas con decenas de ciudadanos disidentes del poder.

Es evidente que para 1968 la opresión política había alcanzado sus límites y que la cadena de

controles sociales del poder estaba a punto de romperse en su punto más tenso. Ese punto de "alta tensión" lo representaban los estudiantes. La insurgencia estudiantil de los años sesentas permitió barrer con las grandes organizaciones corporativas de control como la FEU y la FUSA en la UNAM y como la FNET en el Politécnico y, al mismo tiempo, confirió al estudiantado una experiencia política que lo convertía en el único sector social con capacidad de autoorganización y de confrontación con el poder. No obstante esto, el hecho real hasta ese momento es que la insurgencia estudiantil sólo había tocado "de soslayo" a las grandes instituciones educativas de la capital (el Poli sólo se había movilizó, en 67, *en solidaridad* con los estudiantes de Ciudad Juárez, y la UNAM, por su parte, sólo había experimentado la huelga de 66, en la que hubo una relativamente baja participación de las masas estudiantiles). Por otra parte, la destrucción de las viejas organizaciones de control estudiantil no fue seguida, como podría pensarse, por la erección de nuevas organizaciones independientes. El estudiantado capitalino, en 1968, no contaba con organizaciones de carácter federativo y los alumnos sólo se agrupaban en el marco limitado de sus propias escuelas, en las llamadas "sociedades de alumnos", algunas de las cuales eran dirigidas por militantes de izquierda o personas simplemente demócratas.

El movimiento de 68 no emergió, como se ha dicho, de un "paraíso de estabilidad". En el primer semestre de ese año se dieron numerosos conflictos en el medio estudiantil, entre sectores medios e incluso, entre la clase obrera. En esos seis meses hubo una "Marcha estudiantil por la ruta de la libertad" organizada por la CNED y que fue interrumpida por el ejército; hubo una huelga de profesores de la Escuela Nacional Preparatoria; hubo una gran movilización estudiantil en la Universidad Nacional contra el grupo de choque derechista, MURO, y en ella participaron alumnos de las principales facultades de la institución; hubo una huelga espontánea de los estudiantes de la Escuela Nacional de Odontología (UNAM) por problemas internos; hubo un conflicto en la Escuela Nacional de Economía (UNAM) por la sucesión en la dirección; hubo, también en la UNAM, una huelga de hambre de estudiantes en solidaridad con Demetrio Vallejo que, a su vez, realizaba otra en la cárcel; hubo un conflicto estudiantil en la Universidad de Puebla que culminó con la muerte de tres estudiantes (esto sucedió en los primeros días de julio); hubo, además, un conflicto magisterial dentro del SNTE que llevó a grupos importantes de maestros normalistas a llamar a una huelga que debería estallar el 7 de agosto. El conflicto más relevante del semestre quizá haya sido la huelga que estalló en el mes de mayo y que movilizó a aproximadamente 50 000 obreros de la industria textil. Esta huelga, muy silenciada por el poder, fue conducida esencialmente dentro de

los marcos del sindicalismo oficial. Finalmente, en el mismo momento en que estalló el movimiento de 68, había en el país dos conflictos estudiantiles: una huelga de los estudiantes de Ciencias Políticas de la UNAM en la que significativamente se reclamaba la libertad de los presos políticos, y una lucha de los estudiantes de la Universidad de Tabasco en la que se exigía solución a problemas escolares internos. La presente lista, sin duda incompleta, da cuenta verídica por lo menos del estado de agitación real que privaba en el medio estudiantil nacional en el año de 68.

¿Espontaneidad o provocación?

Mucho se ha discutido si hubo o no provocación deliberada en el estallido del movimiento. Esta provocación se atribuyó en un caso a potencias extranjeras, en otros casos a funcionarios del régimen de Díaz Ordaz que aspiraban a ocupar la silla presidencial en la sucesión de 1970. Las tesis más controvertidas han sido estas últimas. La provocación por potencias extranjeras fue una tesis que sostuvieron en el momento de los hechos: a] el gobierno, quien acusó a las potencias comunistas; b] el Partido Comunista, que por su parte atribuyó los desórdenes a una provocación de la CIA, y c] el Partido Popular Socialista, que acusó en cambio al FBI.⁶ Por otro lado, diversos grupúsculos de la Nueva Izquierda explicaron los acontecimientos iniciales del conflicto de 68 como resultado de la lucha soterrada que sostenían diversas facciones de la clase en el poder por la presidencia de la República. Estas facciones estarían representadas particularmente por Corona del Rosal, jefe del Departamento del DF, y por Luis Echeverría, secretario de Gobernación, aunque existía un tercer gran aspirante a ganar la codiciada silla: el doctor Martínez Manautou, secretario de la Presidencia. Este último no apareció en ese momento, sin embargo, involucrado en las explicaciones que se dieron.

Los hechos iniciales del movimiento de 68 podrían resumirse así: el 26 de julio se realizaron por las calles de la ciudad de México dos manifestaciones; una de ellas era una marcha que tradicionalmente realizaban los grupos de izquierda mexicanos para conmemorar el aniversario del asalto al Cuartel Moncada, con el que se inició la revolución cubana; la otra era una marcha estudiantil de los politécnicos en protesta contra una represión policiaca que había tenido lugar tres días antes contra alumnos de las vocacionales 2 y 5. Las manifestaciones tenían trayectos separados. La primera de ellas culminó felizmente frente al Hemiciclo a Juárez; pero en la segunda los estudiantes se dividieron y al llegar al final de su recorrido (el Casco de Santo Tomás) un grupo

⁶ Para la descripción de los hechos del 68 me he valido de mis notas personales, por una parte, y de la magnífica obra documental del finado maestro Ramón Ramírez Gómez, *El movimiento estudiantil de México*. Ed. ERA, México, 1969.

de participantes acusó a los organizadores del acto (la desprestigiada FNET) de haber hecho de la acción de protesta una peregrinación inofensiva y decidieron, por su cuenta, continuar la protesta yendo a manifestar al Zócalo mismo. Este grupo, al llegar a la Alameda, invitó a los participantes de la primera manifestación a unírseles, pero sólo convencieron a algunos cientos de militantes de la Nueva Izquierda. Los miembros del PCM decidieron permanecer en el Hemiciclo. La columna recién integrada marchó hacia el Zócalo por 5 de mayo y en esquina con Palma fue atacada por las fuerzas policiacas. El ataque tuvo caracteres brutales y debido a la resistencia de algunos estudiantes se produjo un enorme zafarrancho que se extendió por todo el centro de la ciudad y que más tarde se concentró en los alrededores de la Preparatoria 3. En torno a la Preparatoria los estudiantes improvisarían, más tarde, barricadas. Los disturbios volvieron a estallar el lunes 29 y en punto de la medianoche de ese día el gobierno hizo intervenir al ejército. Sin embargo, desde el mismo 26 de julio, comenzaron a estallar las huelgas estudiantiles y para el 27 todo el Politécnico se encontraba prácticamente paralizado. La Universidad comenzaría a incorporarse al movimiento huelguístico desde el día 29.

La tesis gobiernista de que los acontecimientos del 26 de julio, en particular, respondían a una provocación extranjera y comunista amerita, en realidad, pocos comentarios. Esa misma explicación había dado el poder en innumerables casos de conflictos sociales precedentes (en el caso de los ferrocarrileros de 1959, en el caso del movimiento estudiantil de 66, etcétera) y constituía una burda maniobra con la que se intentaba sistemáticamente justificar la represión. En realidad, el PCM (instrumento de penetración rusa en el país, según el gobierno) era en 1968 un grupo pequeño de militantes alejado de toda posición "subversiva" e ilegal: sus militantes actuaban abiertamente, a la luz del día, incluso el Partido Comunista tenía locales públicos: por lo demás, una preocupación política central de esta organización era conquistar su reconocimiento legal como partido. Esto último lo confirma el hecho de que unas semanas antes del estallido del conflicto los dirigentes del PCM se habían entrevistado con el mismo presidente de la República buscando ese reconocimiento. Podría agregarse, además, que era mínimo el ascendiente de los comunistas sobre los estudiantes politécnicos y universitarios que manifestaron en dirección al Zócalo el 26 de julio y que sufrieron la represión policiaca inicial. El carácter falaz y sucio de la acusación gubernamental contra el PCM quedaría plenamente demostrado más tarde, a través de los juicios que se siguieron contra los militantes de esa organización que fueron consignados como responsables de los disturbios con los que se inició el conflicto del 68.

El Partido Comunista, por su parte, denunció los hechos como una "provocación de carácter político con el objeto directo de agredir a la única fuerza de oposición consecuentemente antimperialista y revolucionaria que actúa en nuestro país". Los autores de esa provocación eran, a su juicio, el imperialismo y los sectores reaccionarios del gobierno. Era evidente que en esta posición del PCM se exageraba su propia importancia nacional, pero sus militantes tenían aparentemente una base objetiva para argumentar esa tesis: la misma noche del 26 los locales de la organización habían sido asaltados por la policía y algunos de sus dirigentes aprehendidos. El PCM había sido la única agrupación golpeada. Lo real, sin embargo, es que el gobierno dio ese golpe a los comunistas no para "aplantar a su organización", cosa que sin duda hubiera podido lograr con cierta facilidad por las condiciones de máxima debilidad por la que atravesaba la organización, sino para dar cuerpo a su coartada de culpar a agentes extranjeros comunistas de una situación que él mismo había creado con la utilización de medidas de fuerza desproporcionadas.

En verdad, todas las hipótesis en el sentido de que el uso exagerado de la fuerza que hizo el gobierno en los inicios del conflicto tenía como propósito *descabezar* a la izquierda mexicana se topan con un argumento irrefutable: que la izquierda (particularmente el PCM) en vísperas del movimiento de 68 era una izquierda débil que había perdido posiciones en el movimiento obrero y campesino y estaba prácticamente aniquilada. Sus únicos puntos de arraigo político estaban en el medio estudiantil e incluso aquí su influencia había perdido significación en los últimos años. No se puede decir que la izquierda mexicana constituyera en ese momento una amenaza *real* a la estabilidad del país. Afirmar esto implicaría una incomprensión total de los elementos que estaban en juego en esa coyuntura específica.

Mucho mayor difusión han tenido las teorías que explican los hechos como resultado de la dialéctica del conflicto por el poder que se escenificaba dentro del Estado. El mismo Echeverría, siendo ya presidente de la república, confesó en una conferencia de prensa que dio en París que los disturbios del 68 habían sido provocados para impedirle a él el acceso a la presidencia. Hay, en efecto, elementos que hacen pensar que algunas de las medidas que tomaron en esos días dos de los precandidatos a la presidencia estaban dirigidas a crearle problemas al adversario. Entre ellas vale señalar:

a] la autorización que dio Gobernación para que se realizaran dos manifestaciones simultáneas el día 26, y

b] el aparente exceso de fuerza que utilizó la policía capitalina, bajo las órdenes del jefe del Departamento del DF, durante los hechos del 23 y 26 de julio.

Se han hecho además otras especulaciones: se ha hablado de agentes provocadores infiltrados por Corona o Echeverría entre los estudiantes, de que en el momento de la represión existían botes de basura repletos de piedras, de una conducta "extraña" de las porras, etcétera.

Sería muy difícil afirmar o negar que en esos acontecimientos los aspirantes a la presidencia no se hayan tirado "golpes bajos" entre ellos y por mucho tiempo sin duda la verdad sobre esto seguirá siendo parte del "secreto de los dioses". Es absurdo pensar, sin embargo, que el estallido del 68 se debió globalmente a una provocación artificial y que la conducta de los distintos elementos del Estado en esos momentos no respondía a la lógica histórica de la dominación en nuestro país. La verdad es que en innumerables ocasiones en el pasado el poder había reprimido implacablemente todo acto político independiente que pretendiera realizarse frente a Palacio Nacional, sede del Poder Ejecutivo,⁷ y que la particular dureza de la actuación policiaca podría explicarse simplemente como la reacción lógica del poder ante un sector social que escapaba a su control y que se levantaba cada vez más desafiante frente a él.

La discusión sobre si hubo o no provocación en el inicio del movimiento, se justifica por la necesidad de combatir en el seno de la izquierda la tendencia a explicarse los fenómenos políticos como efecto de maquinaciones urdidas por fuerzas políticas conspiracionistas, que actúan al margen y por encima de las masas, que devienen en simples marionetas de los poderosos. 68 demuestra lo contrario. Las luchas sociales no se inventan.

La revuelta universitaria

El movimiento estudiantil propiamente dicho se desencadenó *espontáneamente* desde el viernes 26 de julio y se desarrolló en dos planos distintos: uno fue el de los enfrentamientos físicos con la policía que tuvieron lugar en torno a la Preparatoria 3 y posteriormente en torno a las Vocacionales 5 y 7; el otro plano lo representa la reacción política que comenzó a darse en todas las escuelas superiores del DF. Lo real es que, desde la noche del 26, comenzó a gestarse un *movimiento político de masas* sin precedentes por sus dimensiones. Las huelgas en las escuelas comenzaron a

⁷ Hubo bloqueos o represiones de actos que pretendían realizarse en el Zócalo en 1942 (estudiantes politécnicos), en 1950 (mineros de Nueva Rosita), en 1958 (movimiento de los camiones), en 1961 (manifestación de apoyo a Cuba), en 1965 (movimiento de médicos).

estallar sólo unas horas después de que la manifestación estudiantil había sido reprimida y para el día siguiente el IPN se encontraba casi totalmente paralizado por el movimiento. En la UNAM, en cambio, la reacción fue distinta: los hechos del 26 impactaron con gran fuerza a las escuelas más politizadas (las llamadas escuelas "de izquierda": Filosofía, Economía, Ciencias y Ciencias Políticas), pero no alcanzaron a trastornar de manera importante la estabilidad académica en el resto. No obstante estos desniveles en la reacción, puede afirmarse que la represión del 26 de julio había creado una situación políticamente *nueva* en el medio estudiantil. Algo se había roto. En las escuelas cundía el espíritu de revuelta bajo formas totalmente desconocidas hasta entonces y se percibía en el ambiente que estaba naciendo un conflicto político de gran envergadura.

La ausencia durante estos primeros días de una coordinación organizada entre los estudiantes del Distrito Federal fue, sin embargo, una grave debilidad del movimiento que dio margen al poder para que tomara la iniciativa y lanzara una campaña confusionista sobre lo que había pasado y seguía pasando en las calles del centro de la ciudad. El movimiento naciente, no obstante su gran fuerza, no alcanzaba aún a expresarse y a contestar *políticamente* las iniciativas de las autoridades. El lunes 29 se realizó, en Filosofía (UNAM), el primer esfuerzo por crear una coordinación estudiantil y el intento culminó en un rotundo fracaso. En realidad, no sería sino hasta el viernes 2 de agosto (un día después de realizada la manifestación que encabezó el rector), cuando surgiría, en el IPN, el órgano directivo que se denominaría más tarde, Consejo Nacional de Huelga.

Entre el estallido del conflicto y la consolidación definitiva del movimiento estudiantil hubo, pues, una mediación: *la crisis política que desencadenó en la Universidad Nacional la violación a la autonomía universitaria*. Esta violación se consumó cuando el gobierno (en una decisión tomada, sin duda, por el mismo presidente Díaz Ordaz) ordenó, la madrugada del 30 de julio, que el ejército ocupara los recintos de varias preparatorias. La medida, que había sido tomada para cortar de tajo los disturbios estudiantiles, tuvo efectos totalmente contraproducentes para el poder y dio lugar a la crisis más grave de la historia de las relaciones entre el Estado y la Universidad.

Los hechos son bien conocidos: la ocupación militar de las preparatorias desencadenó una inmensa ola de protestas de estudiantes, profesores e intelectuales. En las aulas universitarias la indignación y la cólera ante el atentado gubernamental tendían a desbordarse. El día 30, ante una masa de estudiantes, el rector, ingeniero Javier Barros Sierra, decidió declarar un luto simbólico de la institución por el atropello que acababa de cometerse contra ella. Al día siguiente, el rector convocó a realizar una gran asamblea universitaria (el "mitin de la explanada") y su llamado tuvo

una respuesta multitudinaria entre los profesores y los estudiantes. Finalmente, el primero de agosto, el mismo Barros Sierra y demás autoridades universitarias encabezaron una gigantesca manifestación de protesta contra la violación a la autonomía exigiendo respeto a los derechos democráticos en la que participaron alumnos y maestros del IPN, de la Normal, de Chapingo y de la UNAM.

Este conjunto de iniciativas representó un giro definitivo en la coyuntura política. Sus efectos concretos fueron múltiples: el poder se vio inmovilizado y obligado a contener su ofensiva, la opinión pública conoció un rostro inédito de los disturbios en la capital, y la versión oficial de una "subversión comunista" quedó completamente desacreditada ante el país. Por otra parte, en esta "revuelta institucional" de la Universidad, las masas estudiantiles de la capital tuvieron un primer ejercicio político victorioso que les hizo tomar con ciencia de su fuerza y que despertó en ellas la confianza en sí mismas. En resumen, las jornadas universitarias que encabezó el rector Barros Sierra, en estos primeros días de conflicto de 68, abrieron el "gran cauce" por donde se desplazaría el movimiento estudiantil.

La ocupación militar de los recintos universitarios detonó una segunda explosión de descontento que tuvo un efecto acumulativo sobre la primera, provocada por la represión del día 26. De hecho, la protesta contra la violación de la autonomía se disolvió en el marco más amplio de la protesta contra la opresión política general que vivía el país y la defensa institucional del rector, más tarde, sería llevada por los estudiantes organizados autónomamente al nivel más elevado de una *ofensiva de masas* por la conquista de una democracia política para el país.

En realidad, el allanamiento de los recintos universitarios por el ejército significó la ruptura violenta de una regla explícita que formaba parte del pacto histórico entre el Estado y la pequeña burguesía intelectual de corte liberal. Esta regla establecía: el respeto de los poderes públicos a la autonomía de la Universidad Nacional. El recinto de la Escuela Nacional Preparatoria no había sido mancillado por la bota militar desde la época de la dictadura delahuertista y la última intervención policiaca formal en los locales de la Universidad había tenido lugar en 1929, casi cuarenta años atrás. Fue precisamente a raíz de este último atropello que se generalizó la huelga estudiantil que culminaría con la conquista de la autonomía para la institución. Pero si en 1929 la autonomía representaba una medida del Estado destinada a aislar a la Universidad, en 1945, por el contrario, la autonomía asumía el carácter de *privilegio institucional*, un fuero particular concedido a la institución escogida por el poder para proveer al país de técnicos de industria y de cuadros

dirigentes. La idea de la autonomía institucional era consustancial al liberalismo universitario mexicano que se nutrió, en un momento dado, del pensamiento reformista de Córdoba, pero estaba, además, indisolublemente ligada a las concepciones espiritualistas que, a través de los prohombres del antiguo Ateneo de la Juventud (Vasconcelos, Caso, etcétera) dominaron ideológicamente en la Universidad Nacional desde que culminó la revolución mexicana. Según el espiritualismo, la Universidad (Alma Mater, Templo del Saber) es un espacio social reservado al intelecto, el Hogar del Espíritu, una entidad que, por estar reservada al cultivo exclusivo y desinteresado de la docencia y de la cultura, debe permanecer separada de la sociedad, por encima de toda querella faccional o política, al margen de la lucha de clases. En 1968 la Universidad continuaba impregnada de ese espiritualismo universitario. Centenares de maestros de la UNAM, especialmente entre los profesores de carrera, seguían concibiendo a la institución de esta manera corporativista. Pero no sólo eso. Esta visión de la Universidad también la como partían millares de estudiantes para quienes su inscripción en la UNAM representaba acceder al Templo del Saber por excelencia, a una comunidad por definición privilegiada y distinta de la sociedad. Para ellos, entrar a la Universidad Nacional significaba experimentar una especie de bautismo cultural y recibir el título universitario equivalía a algo así como una tonsura eclesiástica que aseguraba el acceso a la Orden de los escogidos. De ahí la profunda y visceral indignación que provocó en maestros y estudiantes universitarios el atropello castrense contra la Preparatoria; a sus ojos, equivalía a una auténtica profanación. El hecho brutal cerraba el ciclo de conciliación entre la Universidad y el Estado que se había inaugurado en los años cuarentas. Se clausuraba la "época de oro" de la Universidad Nacional. Un atropello así no tenía precedentes inmediatos y, por el contrario, la inexistencia previa de problemas graves entre el poder y la institución, la *Pax Universitatis* que había reinado en los últimos veinte años y la vivencia misma de la Ciudad Universitaria como mundo aislado dentro de la sociedad, contribuyeron a hacer que la generación universitaria del 68 percibiera la autonomía como una auténtica autonomía territorial.

En parte es en este cuadro que se inscribe la conducta personal del ingeniero Javier Barros Sierra, rector de la UNAM, en quien se personificó la revuelta de la Universidad contra el Estado en 1968. Pero Barros Sierra, nieto del fundador de la Universidad Nacional, don Justo Sierra, no sólo actuó en consecuencia con la Universidad, con sus tradiciones y derechos, sino que fue más allá; supo, además, prestar oídos al llamado de la historia y asumió con gran valentía una posición política coherente en lo esencial con los intereses populares que estaban en juego en ese momento,

aun cuando esta posición implicara para él, como sucedió, su definitiva excomunión de la clase gobernante. Como se sabe, el rector de la Universidad defendió a la institución no sólo en los antiguos términos espiritualistas, sino fundamentalmente en términos *políticos*: en su perspectiva la Universidad era, además de Templo del Saber, un espacio de libertad en el país, el único terreno en el cual tenían vigencia plena los derechos democráticos y, casi desde el principio de su actuación, llevó las demandas de la Universidad más allá de la simple defensa de la autonomía y reivindicó el respeto a las libertades políticas en el país. Más tarde, el 15 de agosto, por iniciativa del rector, el Consejo Universitario expedía una resolución en la cual la Universidad, como institución, apoyaba el conjunto de demandas que el movimiento estudiantil, a través del Consejo Nacional de Huelga, elevaba ante el Estado. Un hecho sin precedentes en la historia. Es por todo esto que la figura del ingeniero Javier Barros Sierra trasciende en la historia de México como el último defensor del antiguo Espíritu Universitario y, al mismo tiempo, como uno de los grandes combatientes por la democracia en nuestro país.

Los escribas y fariseos del régimen nos dicen, con el cinismo más insolente y vergonzoso, que nuestro Movimiento ya ha triunfado y que debemos poner a salvo las conquistas. ¿Qué triunfo y qué conquistas? ¿Qué conquistas y qué triunfos reales y verdaderos? ¡Migajas, insolentes migajas en el mejor de los casos!

—José Revueltas

La revuelta de la Universidad creó, pues, el espacio para que emergiera el movimiento estudiantil propiamente dicho. El Estado se vio paralizado frente a las iniciativas universitarias y

los dirigentes estudiantiles se apresuraron a tomar la iniciativa antes de que el poder lograra recuperarse. El movimiento estudiantil recogió el impulso de las acciones encabezadas por Barros Sierra y el CNH lanzó de inmediato la convocatoria a una manifestación (la del 5 de agosto) a realizarse muy poco tiempo después de la que encabezó el rector. La persecución de los estudiantes, que había sido muy fuerte en los días precedentes, cesó casi por completo. Así se conquistó el margen político necesario para que se desarrollaran las magníficas jornadas democráticas del mes de agosto.

La organización y consolidación del movimiento estudiantil

La manifestación del día primero de agosto que encabezó el rector Barros Sierra representó el momento culminante de la "rebelión institucional" de la UNAM y sentó las bases para que emergiera el movimiento estudiantil organizado autónomamente. Los estudiantes forjaron una dirección política, elaboraron un pliego de demandas democráticas y lanzaron de inmediato una serie de iniciativas dirigidas a consolidar su fuerza, a reafirmar el carácter legítimo de su lucha, a aislar la política represiva del poder y conquistar un espacio de libertad que les permitiría desarrollar la solidaridad con la lucha que estaban iniciando. Del primero al 27 de agosto, el país entero vivió jornadas democráticas sin precedente: manifestaciones multitudinarias, centenares de mítines, asambleas de distinto orden, etcétera, etcétera. La ciudad de México se convirtió en gigantesco escenario de una auténtica revuelta política democrática en la que se cuestionaron las bases de la dominación en el país. En este lapso histórico de tiempo se confirmaron objetivamente dos cosas fundamentales: 1] el ascenso creciente del impacto del movimiento estudiantil sobre otros sectores de la población, y 2] la incapacidad del poder para confrontar políticamente un fenómeno de disidencia como el que se estaba presenciando.

La dirección del movimiento estudiantil, el CNH, se creó el día 2 de agosto, por iniciativa de las escuelas del IPN que estaban en huelga. Las reglas organizativas que se aplicaron para la gestación de este cuerpo colegiado democrático, que se convertiría en uno de los grandes símbolos del 68, fueron muy simples:

1] En la dirección participaban exclusivamente delegados electos en asamblea estudiantil de cada una de las escuelas en *huelga*.

2] Cada escuela tenía derecho a un voto y las decisiones en el seno del Consejo se tomarían por

mayoría simple de votos.

3] No se admitían representantes de organizaciones estudiantiles de carácter federativo.

No obstante su sencillez, estas reglas, aplicadas rigurosamente, eliminaban dos grandes vicios que padecía el movimiento estudiantil en ese momento: por un lado, el *sectarismo* organizativo consistente en dar acceso a la esfera de decisiones a personas militantes de corrientes organizadas de la izquierda pero que carecían de representación efectiva de las masas estudiantiles; por otro, el *oportunismo*, un vicio que se expresaba particularmente en la existencia de innumerables membretes de organizaciones estudiantiles espurias de carácter federativo. En realidad, en la creación del CNH se definió una estructura organizativa básica del movimiento: la unidad orgánica celular era *la escuela* y el elemento que homogeneizaba a las fuerzas participantes era, como se ve, una condición de compromiso y combate: *la huelga*. Estas bases organizativas garantizaron que a lo largo del conflicto el CNH se proyectara como una representación auténtica del movimiento *real* y conquistara la casi absoluta confianza de las masas.

El mismo 2 de agosto, los delegados estudiantiles a la dirección del movimiento aprobaron el pliego de demandas. De hecho, las reivindicaciones democráticas que integraron ese pliego nacieron espontáneamente entre las masas. Unas de ellas —como la destitución de los jefes policiacos, la desaparición del cuerpo de granaderos, la indemnización a las víctimas de la represión y el deslinde de responsabilidades entre los funcionarios— surgieron al calor de los acontecimientos del día 26 y siguientes; las otras, en cambio, eran demandas "históricas" que diversos sectores populares y organizaciones políticas venían reclamando con fuerza sobre todo desde la represión, en 1959, del movimiento ferrocarrilero. La aparición en el movimiento estudiantil de las demandas de libertad a los presos políticos y derogación del artículo 145 del Código Penal, no puede explicarse tan sólo por razones circunstanciales, debe atribuirse también a la importante difusión que en los medios escolares realizaron las diversas agrupaciones de izquierda durante el periodo precedente. Este y otros aspectos del discurso del movimiento confirman que, en 68, el estudiantado se reveló como la "memoria, política del pueblo". Por otra parte, el pliego de demandas elaborado por los estudiantes tenía una característica muy particular: su heterogeneidad era tal que la solución no podía surgir de una sola instancia formal del Estado; la satisfacción de ese pliego sólo podía darse con la participación de múltiples dependencias gubernamentales. De hecho, puede decirse que los tres poderes de la unión estaban obligados formalmente a tomar posición frente a los reclamos estudiantiles. Esta particularidad nos lleva a

pensar por lógica, que una iniciativa oficial para solucionar el conflicto sólo podía derivar de la misma presidencia de la república.

La constitución del órgano coordinador y la definición del pliego de demandas dieron su estructura e identidad a la fuerza estudiantil rebelde. En seguida emanaron de la dirección estudiantil las primeras iniciativas: se publicó un desplegado en la prensa en el cual los estudiantes hicieron su primera presentación como fuerza autónoma y proclamaron la legitimidad de su lucha:

La libertad está cada día más reducida, más limitada y se nos está conduciendo a una pérdida total y absoluta de la libertad de pensar, de opinar, de reunirse y de la libertad de asociarse. Los estudiantes estamos hartos de las calumnias y campañas de mentiras por parte de la gran prensa nacional, la radio y la televisión. Estamos cansados de este clima de opresión. Evidentemente estas situaciones conducen en todos los sentidos a un atraso progresivo del país. Por el contrario, las protestas activas de los estudiantes son críticas sociales que siempre llevan un contenido de justicia y libertad porque son esencialmente verdaderas.

En ese mismo documento se convoca al estudiantado y al profesorado a participar en una manifestación que tendría lugar el 5 de agosto. Como se sabe, las fuerzas oficialistas reaccionaron de inmediato para bloquear esta segunda iniciativa estudiantil: el director del IPN, que había sido invitado a encabezar la marcha, se rehusó y criticó al movimiento estudiantil; además, la FNET en un intento claro de provocación convocó a realizar una manifestación casi simultánea con la que organizaba el CNH. No obstante eso, la marcha estudiantil fue un gran éxito y en el mitin final —realizado en la plaza del carillón— se anunció que si el poder no resolvía las demandas en un plazo de 72 horas, los estudiantes capitalinos harían un llamado a sus colegas de la provincia para realizar una huelga nacional en los centros de educación superior.

De hecho, la manifestación del 5 de agosto, primera acción política de masas autónoma de los estudiantes, y el plazo de las 72 horas, que dio la pauta para la generalización de la huelga estudiantil en la capital y su extensión a ciertos estados de la provincia, fueron los factores políticos con los que el movimiento estudiantil de 68 logró su consolidación. (Por "consolidación" del movimiento queremos decir que la fuerza estudiantil había llegado a vertebrarse orgánicamente y a conquistar un espacio político que le permitía continuar su desarrollo.)

El diálogo público

El gobierno de Díaz Ordaz lanzó dos iniciativas políticas en esta primera etapa del movimiento

estudiantil. La primera consistió en un discurso que el presidente pronunció desde Guadalajara el mismo día en que se realizaba la manifestación encabezada por Barros Sierra. Este discurso, conocido por los estudiantes como "el discurso de la mano tendida", fue una pieza de retórica autoritaria en la que el Ejecutivo tácitamente tildó de ilegítima la disidencia estudiantil y señaló que la única oportunidad que tenían los "alborotadores" de la capital para salir de la ilegitimidad era la de "restablecer la paz" y acogerse a la autoridad presidencial. El mensaje de Díaz Ordaz si bien conquistó la solidaridad burocrática de muchas fuerzas oficialistas, no tuvo ningún efecto positivo para la solución del conflicto. Por el contrario, los estudiantes reaccionaron indignados por la reiteración de las prácticas autoritarias por parte del presidente.

La segunda iniciativa la tomó el poder a través del regente de la ciudad de México, Corona del Rosal, y consistió en una parodia de negociación que se estableció entre él y la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET), que quería arrogarse el papel de representante de los estudiantes descontentos. La FNET presentó a Corona un pliego de peticiones esencialmente espurio y el regente, por su parte, resolvió de inmediato algunas de las demandas de ese pliego y prometió tomar una posición sobre el resto días más tarde. La parodia de negociación se mantuvo durante más de 8 días, con gran despliegue publicitario. En realidad, la FNET no representaba sino una mínima fuerza entre el estudiantado y era el único membrete estudiantil gobiernista que todavía se mantenía vivo en 1968. Sus siglas se habían convertido en un auténtico símbolo de la corrupción oficial en los medios estudiantiles.

Esta maniobra política confusionista se derrumbó estrepitosamente una vez que las masas estudiantiles rebeldes lograron estructurar su dirección e hicieron su primera demostración pública el día 5 de agosto. Pero el golpe definitivo contra la parodia Corona-FNET lo propinaron los estudiantes con el lanzamiento del plazo de las 72 horas que constituyó, de hecho, un verdadero jaque político al gobierno. El jueves 8 de agosto, cuando se cumplía el plazo, el regente de la ciudad de México se contradijo abiertamente: se desdijo de las supuestas negociaciones que había sostenido con la FNET y propuso integrar una Comisión Investigadora sobre los hechos del 26 de julio. Su propuesta tácitamente contradecía la versión que categóricamente habían dado en conferencia de prensa tanto él como otros altos funcionarios del gobierno la madrugada del día 30, según la cual los responsables de los hechos eran los comunistas. La propuesta de Corona significaba una reculada del poder ante el empuje organizado de las masas estudiantiles, esto es cierto, pero resultaba inaceptable para los estudiantes en la medida en que pretendía retrotraer la

situación a un "punto cero", en la medida en que, de hecho, hacía caso omiso del pliego de demandas estudiantiles y que, en el aspecto formal, desconocía la personalidad del Consejo Nacional de Huelga.

En estas dos grandes iniciativas políticas del gobierno de Díaz Ordaz frente a la avalancha estudiantil se descubre una constante que era elemento básico del autoritarismo reinante: la negativa del poder a reconocer o a aceptar como interlocutor legítimo al movimiento estudiantil independiente representado por el CNH. Esta conducta oficial se mantuvo a lo largo de todo el conflicto: para las autoridades gubernamentales, el Consejo Nacional de Huelga *nunca existió oficialmente*.

La reacción estudiantil frente a las negociaciones que a puertas cerradas habían sostenido los "charros" de la FNET con Corona del Rosal, fue postular como principio reglamentario en una eventual negociación entre el CNH y el gobierno la condición del *diálogo público*. Otra condición exigida por los estudiantes en ese momento, y que respondía específicamente a la actitud oficial de no reconocer la personalidad del CNH, fue que toda solución al conflicto tendría que darse necesariamente a través de una negociación *directa* con el Consejo. Diálogo público y "no a los intermediarios" fueron consignas que nacieron al calor de los acontecimientos, pero que tenían también raíces históricas; eran medidas políticas que se fundaban en la larga serie de luchas populares legales que habían sido abatidas mediante la "transa" de los dirigentes de masas o que habían terminado reprimidas o autoconsumidas sin obtener una patente de legitimidad que, por el arbitrario principio de autoridad, sólo podía conceder el gobierno.

El principio del diálogo público fue una de las ideas-fuerza más relevantes del movimiento de 68. La concepción de una negociación pública con el gobierno constituía una garantía válida para las masas estudiantiles de que su dirección respetaría los acuerdos tomados por la mayoría en el momento decisivo de la negociación y conjuraba, en efecto, la posibilidad de que los representantes estudiantiles terminaran coludiéndose con el poder y aceptando acuerdos inconvenientes bajo la promesa de gratificaciones personales. La medida era una garantía de honestidad y aseguraba el cumplimiento de las reglas democráticas, pero su proclamación por el CNH no sólo implicaba una ruptura cualitativa en la historia de las luchas sociales de México; en realidad, el diálogo público también buscaba una ruptura categórica con los métodos de gobierno institucionalizados. Tanto o más que el contenido del pliego de demandas estudiantiles, el principio del diálogo público adoptado por los estudiantes ilustra hasta qué punto el movimiento cuestionaba las bases de la

dominación política en el país.

De movimiento estudiantil a movimiento "popular"

A la consolidación del movimiento contribuyeron diversos factores, además de la universalización de la huelga en los centros de enseñanza superior. Entre los más importantes estuvo la rápida incorporación de los maestros, quienes se organizaron en una Coalición⁸ y decidieron ir a la huelga junto a los estudiantes. Un poco más tarde se comenzaron a crear, por escuela, los Comités de Padres de Familia. Maestros y padres de familia fueron los primeros sectores no-estudiantiles que apoyaron la lucha por el pliego de los seis puntos, aunque, en realidad, casi desde el principio del conflicto se inició un auténtico desfile de grupos pequeños de trabajadores que se acercaron a los estudiantes demandando solidaridad para la solución de sus problemas laborales particulares: así pasó con los veterinarios del Rastro, con los trabajadores de la Pepsi-Cola, con los panaderos, con algunos grupos de choferes de transportes urbanos, etcétera. En general se trataba de grupos localizados de trabajadores que llevaban luchas aisladas contra sus empresas y que vieron en el movimiento estudiantil una fuerza capaz de incidir a favor de sus demandas. Los estudiantes, por su parte, contemplaban con simpatía y admiración no exenta de mistificación a los primeros trabajadores que se acercaban a ellos: muchas horas de reunión del CNH se dedicaron especialmente para escuchar la historia de las querellas laborales particulares de estos trabajadores y se pronunciaron muchos discursos en favor de sus reivindicaciones. Sin embargo, en términos concretos los estudiantes poco podían hacer para solucionar los problemas particulares que estos grupos les presentaban.

Hasta el 9 o 10 de agosto puede decirse que el movimiento continuaba siendo "estudiantil" en el sentido de que la conciencia dominante entre las filas de huelguistas era de que podrían triunfar valiéndose exclusivamente de sus propias fuerzas. Es verdad que casi desde el mismo 26 de julio, habían comenzado a actuar por distintos rumbos de la ciudad brigadas estudiantiles que realizaban fundamentalmente actividades de denuncia de los atropellos del gobierno contra los estudiantes; también es cierto que algunos grupos de activistas revolucionarios desde el inicio del conflicto postularon la necesidad de desarrollar la actividad de las brigadas y abandonar los espacios escolares para "ir al pueblo" o "ir a la clase obrera", pero no fue sino hasta que culminó el plazo de las 72 horas y que el Estado, mediante Corona del Rosal, se negó a reconocer al CNH y atender las

⁸ Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas.

demandas estudiantiles que las masas se persuadieron *por sí mismas* de que sólo con la participación de otros sectores sociales en la lucha podría romperse la intransigencia oficial. Aquí se operó un cambio cualitativo fundamental del movimiento de 68. Frente a la arbitrariedad del poder que implicaba un delito de lesa soberanía, el estudiantado apelaba al "pueblo" como última instancia de decisión. La manifestación del 13 de agosto, concebida inicialmente como respuesta a Corona y rechazo a las maniobras confusionistas que éste encabezaba, se convirtió en una portentosa demostración de fuerza. Su culminación en el Zócalo no sólo fue un hecho simbólico que rompió con el mito de los "espacios intocables", sino que constituyó también un acto de afirmación del movimiento como un movimiento que incumbía no sólo a los estudiantes sino al pueblo entero. La "conquista del Zócalo" enfatizó ante la opinión pública la legitimidad de la disidencia estudiantil y subrayó la responsabilidad del gobierno de Díaz Ordaz en la generación y evolución del conflicto. En el mitin final del 13 de agosto los estudiantes manifestaron explícitamente que la lucha por los seis puntos no era sino un paso en la redención definitiva del pueblo; los oradores denunciaron la ausencia de libertades políticas, los mecanismos de control vertical de los sindicatos, la manipulación de los medios de información por el Estado, la polarización de la sociedad mexicana en una minoría cada vez más rica y las grandes masas de la población cada vez más pobres. Pero ahí mismo los estudiantes proclamaron a su movimiento como un movimiento *popular*; ellos se erigían como representantes de todos los oprimidos, del pueblo entero y admonitoriamente afirmaban que la población trabajadora del país, que había ya escuchado el llamado de la historia, terminaría por apoyarlos activamente en su lucha.

Precisamente, en casi todas las luchas políticas de sectores medios intelectuales de América Latina se registra este hecho como elemento invariante; la intelectualidad, fundándose en principios legales o morales, o principios racionales abstractos, por una decisión propia, asume la representación de la sociedad civil o del "pueblo soberano" para impugnar a los estados dictatoriales o ilegítimos. Así lo hicieron los liberales mexicanos del siglo XIX y otro tanto sucedió con los precursores intelectuales de la Revolución Mexicana. En el siglo XX mexicano el fenómeno político que expresó con mayor claridad este aspecto fue sin duda el llamado "movimiento vasconcelista" de 1929 que es comparable al movimiento de 68, en más de una de sus características.⁹

⁹ Formalmente enmarcado en una campaña electoral, el movimiento vasconcelista fue, en la práctica, una revuelta política liberal, democrática, encabezada por amplios sectores de la intelectualidad mexicana, en la que el estudiantado universitario del país desempeñó un papel relevante. El vasconcelismo se hizo de un programa liberal-democrático en

Heterogeneidad y unidad del movimiento

Entre el 13 y el 27 de agosto el movimiento alcanzó su máxima expansión. El espacio principal de acción de los estudiantes durante esta etapa dejó de ser la escuela. Las asambleas se convirtieron en reuniones más o menos breves donde se discutían las cuestiones políticas fundamentales; una vez que concluían, todos los estudiantes se lanzaban a la calle organizados en brigadas. Las brigadas estudiantiles invadieron todos los lugares públicos de la metrópoli. Actuaban sobre la calle, haciendo mítines, distribuyendo volantes, colectando dinero y organizando discusiones en todos los barrios de la ciudad, en los mercados, en las fábricas, en los cines y teatros, en las plazas y grandes comercios, en las oficinas públicas, en los cafés y restaurantes, en los autobuses, en las iglesias, etcétera. En el seno de los mismos hogares se introducía la temática del conflicto que convulsionaba a la capital y a la provincia provocando divisiones familiares. En realidad, el país experimentaba una auténtica "revuelta democrática" urbana. La agitación trascendía a casi todos los sectores sociales: los burócratas, los obreros, los pequeños comerciantes, la población marginal de la ciudad, etcétera: no hubo grupo social que escapara al impacto del movimiento.

Sin embargo, en la acción estudiantil la espectacularidad prevalecía sobre la eficacia. La actividad de las brigadas nunca contó con una organización centralizada que volviera más eficaces sus resultados y, en realidad, la decisión de dónde y cómo deberían actuar las brigadas era tomada a nivel de cada escuela y, en muchas ocasiones, por la misma brigada. La espontaneidad dominó

el que se postulaba el respeto a las libertades políticas en el país, la lucha contra los monopolios y garantías para el pequeño empresario, la desmovilización del ejército y la conversión de los cuarteles en escuelas, la erradicación de las prácticas autoritarias en el gobierno y la eliminación radical del vicio que, a su juicio, constituía el sustento fundamental de la barbarie política imperante, a saber: la corrupción de la burocracia gobernante. En la perspectiva de Vasconcelos y sus seguidores, sus esfuerzos trascendían el mero aspecto de la competencia electoral y se ubicaban en el marco de una confrontación definitiva entre la razón y la fuerza, entre la civilización y la barbarie. La inteligencia, la cultura y la leyeran las fuentes de legitimidad para el vasconcelismo; la campaña electoral se convertía así en una auténtica cruzada civilizadora cuyo desenlace victorioso estaba absolutamente fuera de duda. El pueblo terminaría por comprender de qué lado estaba la razón y se volcaría sobre las urnas para dar el golpe definitivo a los bárbaros que gobernaban a México. En su visión, otro final no era concebible. Vasconcelos había recorrido el país iluminando a toda la población con su antorcha espiritual y la transmisión verbal de sus verdades justicieras significaba un auténtico cambio histórico. Las masas votarían por Vasconcelos, es decir por la razón y la ley, y un resultado opuesto sólo era concebible en términos de fraude. Como se sabe, esta última fue la interpretación que dieron los vasconcelistas a la derrota electoral que sufrieron en la campaña de 1929, y la denuncia del "fraude" fue seguida por un llamado a las armas del propio Vasconcelos que no encontró eco importante entre sus partidarios. Cf. Mauricio Magdaleno, *Las palabras perdidas*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1956. John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*. Ed. Siglo XXI, 1978.

generalmente en el trabajo de brigadeo. Sin plan definido para la acción, los brigadistas escogían día con día arbitrariamente los lugares donde habrían de actuar y la labor que habrían de realizar una vez que estuvieran en la calle. El mensaje político mismo que transmitían los estudiantes resultaba heteróclito, aunque tuviera como común denominador la reivindicación del pliego petitorio y la denuncia de la opresión general que vivía el país.

En cuanto a su estructura, en realidad, el movimiento estaba lejos de constituir una fuerza homogénea. En él participaban corrientes políticas e ideológicas ampliamente divergentes entre sí y en su seno se incluían estudiantes y profesores de instituciones educativas que por su especialidad profesional, por su función social, por su tradición política particular, etcétera, constituían un *auténtico mosaico de fuerzas sociales*. Todas estas fuerzas, es cierto, participaban de un anhelo democrático común, pero es evidente que existía entre ellas una gran disparidad en cuanto a su disposición para el combate, su visión estratégica de la lucha y su concepción del quehacer cotidiano. Es verdad que los elementos integradores de este conjunto diversificado de fuerzas eran solamente el pliego petitorio y el propio Consejo Nacional de Huelga, en el cual cada una de ellas tenía su representación. De ahí, sin duda, la gran fuerza simbólica que adquirieron tanto el uno como el otro.

Un análisis del "discurso" estudiantil, a través de los volantes que se produjeron en el 68, nos ilustra sobre los puntos de diferencia y las fuerzas de unidad entre participantes. Las interpretaciones de los estudiantes sobre la propia lucha que estaban realizando son muy distintas según se trate de militantes de una u otra corriente política o, incluso, de una u otra escuela. Para unos había llegado el momento de saldar cuentas definitivas con el capitalismo, para otros, en cambio, el objetivo de la lucha se reducía a la conquista del pliego petitorio, hecho que sentaría un precedente democrático de gran trascendencia para el país; había quienes veían al movimiento como una especie de cruzada moralizante y ponían como eje de su mensaje la denuncia de la corrupción, y quienes, a su vez, sólo aspiraban a que se diera un cambio "de mentalidad" en los gobernantes. Sin embargo, en el centro de todos los documentos se ubicaban siempre el problema de la democracia y la cuestión de la represión. La esencia del discurso estudiantil del 68 era eminentemente *política*: se trataba del Estado, de las formas particulares, opresivas, que presentaba el Estado mexicano. Para los grupos más radicales el Estado era sólo una excreción o un instrumento de la burguesía que, como clase dominante, era la responsable en su conjunto de la opresión política y social del país. Sin embargo, en la mayor parte de los volantes del 68 se

descubre una visión del Estado como el *factor directo y único* de la opresión y la antidemocracia, sin que se hagan alusiones a la burguesía. El discurso estudiantil tomó sistemáticamente la forma de una denuncia. Los estudiantes denunciaban todas las formas de la opresión política y social del país: la represión política, la opresión de los trabajadores por el charrismo, la miseria de las grandes masas de la población, la corrupción de los medios políticos oficiales, las organizaciones de control estudiantil como la FNET, la farsa del sistema electoral, el dominio de la economía nacional por las empresas extranjeras, etcétera.

Debe decirse que los estudiantes mexicanos del 68 no hablan, sino de soslayo, de la crisis de la educación y de la ideología capitalista en la escuela, de las formas de enajenación que dominan en la vida cotidiana y en las relaciones personales, temas éstos que, en cambio, dominaron en el discurso de los estudiantes franceses de mayo. Por otra parte, frente al Estado los estudiantes ubican al "pueblo", un término en el que se engloba indiferentemente a todos los sectores que sufren la opresión política. Pueblo y Estado son los dos polos contrarios en la visión de la sociedad mexicana que dominó entre el estudiantado de 1968.

El Consejo Nacional de Huelga

En 1968 el elemento espontáneo domina sobre el elemento consciente, si suponemos que este último lo representan los partidos políticos. Como dijimos, el movimiento se desencadenó espontáneamente a partir del 26 de julio, multiplicó sus contingentes con la explosión de la crisis universitaria y más tarde incorporó a múltiples centros de educación privados y universidades y tecnológicos de provincia. Tal fuerza rebasaba con mucho las capacidades organizativas de los múltiples pequeños grupos que en 1968 constituían la izquierda mexicana. Sin embargo, los militantes de estas agrupaciones conquistaron muchos de los puestos de dirección en las escuelas una vez que se eligieron los Comités de Lucha.¹⁰ Pero junto a la izquierda, los puestos de dirección los ocuparon en unos casos estudiantes sin formación política definida, en otros casos, jóvenes de filiación liberal, o socialcristiana, e incluso personas de concepciones filopriístas o declaradamente priístas. Estos últimos, obviamente, se vieron obligados a ocultar, vergonzosamente, su militancia.

El factor que anudaba a fuerzas tan disímbolas era el pliego petitorio, el carácter *democrático* de la lucha. El espacio donde se reproducía esa alianza era el Consejo Nacional de Huelga. La

¹⁰ Los Comités de Lucha eran, como su nombre lo indica, organismos forjados para resolver las tareas organizativas y políticas que surgían de la lucha misma. Su carácter era eminentemente temporal y de ninguna manera se concibieron como formas de organización permanentes del estudiantado.

estructura y funcionalidad misma del CNH dan cuenta clara del carácter espontáneo del movimiento. En un principio participaron en él casi 200 delegados (se elegían 3 por escuela); más tarde (cuando se redujo a 2 el número de delegados) el número de participantes osciló entre 100 y 150. Un organismo de estas proporciones no podía, evidentemente, constituir una dirección política ágil, capaz de responder con rapidez a los cambios acelerados que se operaban en la situación política. No obstante esto, cuando, en los albores del conflicto, se lanzó la propuesta de centralizar creando una especie de Comité Central, la proposición fue desechada inmediatamente. La desconfianza derivada de la atomización política interna dominó durante mucho tiempo en el espíritu de los delegados. Obviamente, fue la ausencia de un partido político hegemónico lo que llevó al CNH a instaurar en su seno una auténtica democracia primitiva, para usar el calificativo de Lenin.¹¹

A pesar de esto, en el seno del CNH se definieron, casi desde los inicios del conflicto, dos bloques importantes de fuerzas cuyas posiciones derivaban esencialmente de concepciones distintas del movimiento, hecho que se traducía, como veremos, en visiones estratégicas y tácticas diferentes. Uno de estos bloques lo constituía un conjunto de escuelas que se agrupaban, con mayor o menor regularidad, en torno al eje que representaban la Escuela Superior de Física y Matemáticas del IPN y la Facultad de Ciencias de la UNAM; el otro, también de manera inconstante, reunía a una serie de escuelas en torno a los dirigentes de las escuelas de humanidades de la UNAM y de Chapingo. (Podría decirse que estos dos bloques funcionaron como tales efectivamente durante el mes de agosto; en el marco de la escalada represiva que se inició posteriormente, se dio una recomposición interna que más o menos diluyó esta configuración de fuerzas.)

Aunque nunca se formularon explícitamente, de las posiciones políticas concretas de los delegados del CNH se desprenden grandes concepciones sobre el movimiento: la primera de ellas, que podríamos denominar *realista*, caracterizaba el movimiento como un movimiento democrático-

¹¹ En el CNH se discutía todo tipo de asuntos. En ocasiones se experimentaban verdaderos maratones oratorios para resolver sobre un problema que carecía de significación política real para el movimiento, provocando la desesperación de quienes, dándose cuenta del absurdo, carecían de fuerza para impedirlo. Todo era decidido por todos en la asamblea. Cuando se integraron las Comisiones Organizativas (la llamada Coordinadora del CNH) se adoptó un criterio de elección burocrático que, de hecho, arrancaba todo poder de decisión real a quienes las integraban. Las tales comisiones tuvieron, a lo largo del conflicto, una existencia realmente fantasmal. Finalmente, bajo la escalada represiva de septiembre y ante la inminencia de la ocupación de las escuelas por el ejército, la Asamblea de CNH aceptó a regañadientes que se integrara un Comité Central con poderes para decidir una vez que resultara imposible reunir a la asamblea en pleno. Seguramente, de no haber existido ese Comité Central, el CNH hubiera desaparecido una vez que el ejército realizó las ocupaciones.

liberal. El objetivo, en el marco de esta visión, era concretamente conquistar una victoria ganando la solución de todo el pliego petitorio o una parte sustancial de él. Los medios para el triunfo residían en la capacidad del movimiento estudiantil fundamentalmente para aislar ante la opinión pública —a través de iniciativas y acciones centralizadas como las manifestaciones— las iniciativas mediatizadoras y represivas del Estado y forjar alianzas prioritariamente con los sectores naturalmente afines al estudiantado: a saber, los sectores medios. Incluso los estudiantes, por sí mismos, actuando con una política inteligente y flexible, podían llegar a forzar al poder a una negociación. Un triunfo, aunque fuera parcial, significaría históricamente la quiebra de los mecanismos tradicionales de la dominación y la conquista de un espacio político democrático, que en las condiciones presentes aseguraría el deterioro progresivo de la hegemonía burguesa y la cristalización de una nueva correlación de fuerzas sociales favorable al proletariado. La perspectiva, en el marco de esta concepción, era que se aceleraría una *crisis de hegemonía* y, de ninguna manera, que se crearía una crisis revolucionaria. El poder no estaba al alcance de la mano.

La segunda concepción podría denominarse *doctrinaria* o *catastrofista*. En ella se caracterizaba al movimiento como un movimiento socialista y se consideraba que la explosión estudiantil había creado una situación prerrevolucionaria en el país. El objetivo principal no era tanto ganar el pliego petitorio cuanto hacer estallar la *situación revolucionaria* que sobrevendría con el levantamiento de la clase obrera. El movimiento estudiantil, como tal, carecía totalmente de medios para triunfar y su única perspectiva era tratar de incidir sobre la clase obrera. Tácitamente, el movimiento estudiantil podría jugar provisoriamente un papel sustitutivo del partido del proletariado. En este marco, las formas de acción política más adecuada para los estudiantes eran las formas dispersas que se aseguraban a través de la brigada. Los espacios de acción más importantes no eran los lugares céntricos sino las zonas industriales. Para los seguidores de esta concepción, la toma del cielo por asalto existía, en efecto, como una posibilidad real e inmediata.

La primera de estas concepciones la sustentaban particularmente dirigentes estudiantiles que habían participado en muchas de las luchas políticas de masas de los años sesentas y en quienes se resumía la experiencia positiva que había dejado la CNED. La segunda, en cambio, la sostenía la mayor parte de los grupos y grupúsculos que conformaban la Nueva Izquierda mexicana, con asiento principal en el ala de Humanidades de la Universidad Nacional. Una y otra corriente se enfrentaron innumerables veces en los agitados debates que se desarrollaron en el seno del CNH: mantuvieron posiciones divergentes (centralización o democratismo) en cuanto a la organización

del movimiento estudiantil, en relación con los métodos de lucha a utilizar (brigadismo o manifestaciones), en torno a la estructura del pliego petitorio (incluir o no demandas “obreras”), respecto a la significación de algunos hechos particulares (como la consignación a los poderes propuesta por la Coalición, como el asunto de Topilejo, como el mitin de diputados, etcétera, etcétera) y en cuanto a la táctica a seguir en relación con la clase obrera.

La crisis política

Una tormenta política sin precedentes se abatió sobre el país después del 13 de septiembre. Los estudiantes fueron derrumbando uno a uno los símbolos y mitos del poder: la denuncia del autoritarismo, de la corrupción y de la hipocresía del régimen resonaba en todas las esferas sociales; se criticaba al régimen que se ostentaba “heredero” de la revolución mexicana y a su instrumento político, el Partido Revolucionario Institucional (PRI); se anatematizaban las prácticas populistas y demagógicas y se demostraba la falsedad de las grandes ideas de la ideología dominante: la Unidad Nacional, el Progreso, la Estabilidad, etcétera. El movimiento se erigía en portavoz del pueblo y hacía las veces de su fiscal. El día 20 de agosto, estudiantes y profesores invitaron a los miembros del Poder Legislativo a sostener un debate público en donde se discutiría la constitucionalidad o inconstitucionalidad del artículo 145 del Código Penal y la legalidad o ilegalidad de los procesos que se seguían contra los presos políticos, además de otros temas relacionados con el movimiento. Los diputados y senadores del partido oficial y de los partidos de la “oposición domesticada” se rehusaron a tomar parte en el acto. Las máscaras se derrumbaban. El movimiento iba desnudando en todos sus aspectos al poder autoritario que, por su parte, mostraba cada vez más su impotencia para contener por la vía política los golpes del adversario. (En esos mismos días, la Coalición de Profesores lanzó un documento dirigido al Congreso en el que se consignaba a los poderes de la Unión por su desacato a la Ley.)

Mientras tanto, el objetivo de los estudiantes, ganar a los sectores populares para su causa e incorporarlos a la lucha, comenzaba a cristalizar en la práctica. Los burócratas se agitaban y comenzaban a surgir en las oficinas públicas los primeros “Comités de Lucha”; en el Sindicato Mexicano de Electricistas, por presión de la base, los dirigentes “charros” se vieron forzados a publicar un desplegado reclamando la solución a las demandas estudiantiles; un grupo importante de intelectuales se organizó también en Comité y comenzó a realizar Festivales en la Ciudad Universitaria; núcleos de choferes de taxi publicaban declaraciones a favor de los estudiantes; entre

los trabajadores ferrocarrileros y petroleros (de las secciones 34 y 35) se infiltraba la agitación; sectores del mismo clero se pronunciaban abiertamente en favor del movimiento y grupos de eclesiásticos comenzaban a tomar parte activa en la lucha; incluso hasta representantes de la misma iniciativa privada llegaron a hacer declaraciones en favor de una solución al conflicto que convulsionaba al país.

El movimiento había generado una crisis insólita en el país. El Estado, después de las maniobras de Corona del Rosal, se encontraba paralizado, impotente ante los acontecimientos. ¿Podía el Estado aceptar solucionar el conflicto bajo la presión de las masas en la calle? ¿Era posible que los gobernantes de México aceptaran en ese momento dialogar con los estudiantes insurrectos frente a la televisión o ante la prensa, como lo pedían? Los dirigentes del país se encontraban realmente pasmados ante el dilema en el que los estudiantes los habían puesto. En realidad, un paso atrás del gobierno en esas circunstancias hubiera significado la quiebra histórica de las estructuras políticas en que se fincaba la dominación del país; cincuenta años de ejercicio autoritario del poder se hubieran derrumbado para dar paso a una situación nueva que se adivinaba estaría plagada de convulsiones sociales y políticas que se alimentarían del precedente estudiantil. En México no existía una burguesía democrática capaz de dar sustento social permanente a un sistema democrático-burgués convencional, ni tampoco existía precedente significativo de democracia que no fuera la “democracia dirigida” que el país experimentó bajo el gobierno del general Cárdenas. Los intentos democratizadores se habían estrellado tradicionalmente con la intransigencia feroz de los sedicentes herederos de la revolución mexicana. Evidentemente, un triunfo del movimiento de 68 hubiera inaugurado una época de acelerada descomposición de la hegemonía burguesa en su forma PRI-gobierno y, en ese momento, no se contemplaba un modelo de dominación burguesa alternativo y viable. Sin duda, el país hubiera avanzado durante un tiempo indefinido por la ruta de la crisis política hasta llegar a un punto de definición histórica entre socialismo o barbarie. En estas condiciones se explica la resistencia de los gobernantes a ceder frente al movimiento.

Debe aclararse que los estudiantes del 68, cuando hablaban de democracia, no pensaban *estrictamente* en la instauración en el país de un sistema parlamentario de tipo clásico, aunque la crítica del falso parlamentarismo mexicano ocupara lugar central en su discurso. Los estudiantes *no concibieron un modelo político alternativo al modelo autoritario que estaba vigente* y el espíritu del movimiento expresaba, antes que nada, un ideal de liberalización del país según el cual las masas, en general, deberían expresarse libremente, autónomamente, sin mecanismos de coerción que

contuvieran la libre expresión de su voluntad. Para unos, esta liberalización implicaba el derrumbe inmediato de la dominación burguesa; para otros, en cambio, abriría tan sólo una nueva etapa en la lucha de clases en la que, eventualmente, podrían darse formas de lucha parlamentarias. He aquí la utopía fundamental del 68 mexicano. En realidad, la anhelada liberación de las masas no sólo cuestionaba *una forma política* de la dominación capitalista sino que estaba *en contradicción también con la estructura económica peculiar que el capitalismo ha generado en los países periféricos o atrasados como México*. En el marco de esa estructura, la *acumulación de capital se cifra fundamentalmente en el desarrollo de la industria de bienes durables cuyo mercado principal lo representan los sectores medios y en la perpetuación de un régimen de explotación de la fuerza de trabajo con bajísimas tasas salariales*. El consumo de las grandes masas de trabajadores está limitado en esta estructura a los bienes más elementales (alimentos básicos, vestido, etcétera). Así pues, la liberalización de las masas —entiéndase: de los sindicatos— anhelada por los estudiantes chocaba frontalmente con la estructura singular del capitalismo mexicano y afectaba directamente los intereses de los grandes monopolios financieros que dominan la economía nacional. Realmente no existe un solo caso de país de capitalismo atrasado o dependiente en donde haya cristalizado un modelo político democrático en forma permanente. La búsqueda de modelos alternativos al llamado modelo de “desarrollo estabilizador” emprendida por los dirigentes políticos de América Latina y que no encierra sino la aspiración a conservar el sistema capitalista sobre la base de un nuevo consenso social —recuérdese la idea programática de Echeverría: “desarrollo con justicia social”— ha terminado hasta ahora en un completo fracaso. Para estos temas recomiendo la lectura de Cordera R., “Estado y desarrollo...” Op. cit. y el número 16-17 de la revista francesa *Critiques de l'Économie Politique* en el que aparece un excelente artículo de H. Guillén Romo, titulado “El problema de realización de la plusvalía en la fase avanzada del ‘subdesarrollo’: el caso de México.”

Dentro del aparato estatal, en el momento culminante de la crisis, se dibujaron dos tendencias aparentemente definidas: de un lado los funcionarios que se inclinaban por la negociación con los estudiantes (Aguirre Palancares, Martínez Manautou, etcétera) y que tomaron la iniciativa de buscar contacto con ellos buscando una aproximación de las dos partes; de otro lado, aquellos funcionarios que abogaban por la aplicación de una “línea dura” frente a los revoltosos (García Barragán). Junto a estas dos tendencias una gran mayoría de los políticos profesionales aguardaban simplemente los designios presidenciales y se abstenían de expresar opiniones sobre el conflicto.

La vía de la represión se erigía en esos momentos como una posibilidad real, pero si no se

asumía plenamente era porque los dirigentes del país tenían clara conciencia del precio político que habría de pagarse con ella. El movimiento estudiantil en sí era una demostración objetiva de la crisis de hegemonía por la que estaba atravesando el Estado surgido de la revolución mexicana. La revuelta tocaba claramente a los sectores medios intelectuales del país y amenazaba con extenderse a los sectores asalariados. Una represión en estas condiciones significaría, sin duda alguna, que el poder estaría en la crisis de legitimidad más grave de su historia. Si el movimiento anunciaba la fractura del bloque dominante, en la medida en que la intelectualidad burguesa se rebelaba contra el Estado, su antiguo aliado, la represión traería consigo la consolidación de esa fractura, la radicalización de los sectores medios descontentos, el desprestigio del poder ante la población en general y, particularmente importante en vísperas de la Olimpiada, el derrumbe definitivo de la imagen que proyectaba el Estado mexicano en la escena internacional.

Sin embargo, restaba al gobierno un recurso político que excluía tanto la represión como la concesión. Se trataba de utilizar la opción que De Gaulle había jugado con tanta habilidad en la crisis de mayo en Francia: se trataba de *enfrentar políticamente el descontento contrarrestando al movimiento estudiantil con la acción de masas organizadas* bajo la dirección de los políticos profesionales. El gobierno podía aún salir airoso de la prueba a la que lo sometían los estudiantes si lograba reunir, en su apoyo, a masas de ciudadanos mayores que las reunidas por los estudiantes. La oportunidad para poner a prueba esta opción se presentaría el 28 de agosto.

La respuesta política del poder

Entre el 13 y el 22 de agosto hubo un silencio casi absoluto en las esferas gubernamentales. Alrededor del 21, el CNH comenzó a discutir la realización de otra manifestación que recorriera el centro de la ciudad y culminara en el Zócalo, como la anterior. Se anticipaba que en ella participaría cerca de medio millón de personas. Fue en la perspectiva de esta concentración sin precedentes que se dio la tercera acción política del poder frente al movimiento: el 22 de agosto, el secretario de Gobernación, Echeverría, lanzó por la radio un discurso en el cual, sin citar al CNH y sin referirse al pliego de demandas, invitaba a “maestros y estudiantes vinculados al problema existente” a que acudieran a su despacho. Como respuesta, el CNH publicó un desplegado en el que manifestaba haber conocido la nueva iniciativa del poder y demandaba al Poder Ejecutivo que designara a funcionarios que considerara competentes para entablar la negociación pública del conflicto. El CNH pedía, además, que el mismo gobierno decidiera sobre el lugar, fecha y hora para

iniciar las pláticas. Enseguida, hubo un hecho sorprendente: funcionarios de Gobernación se comunicaron por vía telefónica con varios maestros y estudiantes invitándolos a que pasaran a las oficinas de esta dependencia. El CNH ratificó su voluntad de que no hubiera pláticas privadas. En este momento se vislumbró la solución del conflicto. El 24 de agosto, Gobernación declaraba a la prensa que las condiciones sobre el diálogo no las fijaría el gobierno y que se dejaba a los estudiantes la decisión sobre ello. El 26, el CNH decidió tomar medidas concretas en relación con el diálogo y nombró comisiones para cada una de las demandas del pliego. En estas condiciones se llegó al 27 de agosto, día fijado para la manifestación.

La realización de la manifestación había sido decidida con muchos días de anticipación. El CNH había aprobado que, como medida de presión, al culminar la manifestación se quedaría, sobre la Plaza de la Constitución, una guardia de estudiantes que sólo se levantaría cuando el mismo CNH lo decidiera. En la mente de los estudiantes estaba la idea de hacer una acción simbólica y de ninguna manera “sabotear” el informe presidencial del 10 de septiembre, como más tarde se pensó. Los hechos del día 27 son bien conocidos: la manifestación fue un acto gigantesco que reunió, en efecto, a cerca de medio millón de personas y culminó en un mitin triunfal en el que se ratificaron las demandas y los principios fundamentales del movimiento; después del mitin, permanecieron en el Zócalo aproximadamente 5 000 estudiantes. Cerca de la medianoche, el ejército hizo su aparición y desalojó, por la fuerza, a la guardia estudiantil.

La “guardia” del Zócalo dio al gobierno el pretexto para realizar una primera concentración de masas en apoyo a las autoridades y de impugnación al movimiento estudiantil. Era la primera vez que el Estado decidía descender a la arena de combate y enfrentarse a su oponente con las mismas armas políticas. La prensa dio cuenta de un supuesto “agravio a la bandera nacional” e incluso, apelando suciamente al sentimiento religioso del pueblo, se acusó a los estudiantes de haber “profanado” la Catedral. Para “desagraviar” la bandera nacional, las autoridades convocaron a las organizaciones oficialistas de burócratas y obreros para realizar un mitin en el mismo Zócalo, la misma mañana del día 28 de agosto. El resultado es conocido: las masas de burócratas y obreros, compelidos, bajo coerción, a asistir, se acercaron al lugar del mitin coreando la frase “¡Somos borregos, nos llevan a la fuerza!” y en el momento de iniciarse el acto los oradores priístas se convirtieron en blanco de proyectiles de todo tipo. El acto giró como un búmerang contra el mismo poder; el apoyo devino en protesta contra los gobernantes. En estas condiciones, el gobierno decidió hacer intervenir al ejército contra la masa de supuestos partidarios. Como se sabe, mucha

gente presentó resistencia a la soldadesca y el ejército disparó contra la multitud inerte. De esta manera concluyó el primer y único acto político de masas que armó el poder contra el movimiento estudiantil.

La escalada represiva

El “mitin del desagravio” constituyó un golpe político y moral de tales proporciones para el gobierno de Díaz Ordaz que influyó decisivamente para que éste se decidiera definitivamente por la línea represiva. Evidentemente, los estudiantes habían cometido un error táctico con la idea de la guardia en el Zócalo, pero el poder había cometido un error todavía más grave con la realización del mitin del día 28. El fracaso indicaba claramente los niveles profundos que tocaba la crisis y mostraba a todas luces el agrietamiento peligroso que se operaba en las estructuras de la dominación política. Después de ese mitin, las expectativas de una conclusión negociada y pacífica del conflicto fueron progresivamente perdiendo fuerza pues, desde el mismo día de su realización fracasada, se desató una persecución feroz y sin cuartel contra los estudiantes.

La represión del movimiento estudiantil, decidida desde esas fechas por el Estado, tuvo un carácter progresivo. La fuerza tan grande del movimiento hizo posible que éste resistiera y se sobrepusiera exitosamente a varios niveles de represión, hasta que el poder se decidió por consumir la inmolación masiva que tuvo lugar el 2 de octubre. Desde el 28 de agosto miles de agentes *de todas las corporaciones policíacas*, incluyendo a los policías de tránsito, se ocuparon de perseguir, capturar y apalear a cuanto estudiante se descubriera en la calle repartiendo volantes, haciendo mítines o “pintas”. Desde el 29, se inició el terrorismo. El “Batallón Olimpia”, cuerpo militar organizado especialmente para proteger las instalaciones de la Olimpiada, se ocupó de asaltar instalaciones escolares, ametrallar los edificios, secuestrar a sus ocupantes, etcétera. Los soldados realizaban estas operaciones *vestidos de civil*, al estilo de un grupo paramilitar, ocultando su identidad. El mismo Informe presidencial del día primero de septiembre constituyó un auténtico acto de terrorismo verbal. Díaz Ordaz amenazó con llegar “hasta donde fuera necesario” para suprimir el fenómeno de disidencia ilegítima que convulsionaba al país, y reafirmó su “derecho” a echar mano de todas las fuerzas armadas para lograrlo. Las cárceles de la ciudad de México se saturaban con millares de presos, muchos de ellos completamente ajenos al medio estudiantil; la alarma, el temor y la cólera cundían por toda la metrópoli. En los barrios proletarios de la capital, los vecinos y las “pandillas” de jóvenes se enfrentaban con la policía en gigantescos zafarranchos.

En torno a Zacatenco, los estudiantes politécnicos se batían exitosamente con los granaderos. En todo espacio urbano la presencia de millares de soldados y policías daba la imagen de que México vivía un auténtico estado de sitio.

Evidentemente, ante esta gigantesca ofensiva del Estado el movimiento estudiantil se vio obligado a replegarse momentáneamente. De hecho, muchos estudiantes reaccionaron con miedo ante esta reacción brutal del poder. El CNH, durante estos días, mostró una doble actitud; por un lado denunció con indignación los atropellos que consumaba la autoridad: por otro, demandó reiteradamente que se iniciara el diálogo público, reafirmando la voluntad estudiantil de que el conflicto se resolviera lo más rápidamente posible. Pero incluso en este medio de terror el movimiento estudiantil demostraría su gran vigor y capacidad de resistencia. El 13 de septiembre fue convocada una manifestación por los estudiantes: la “manifestación silenciosa”. Hubo, entre el estudiantado, fuerzas que se opusieron a que se llevara a cabo, pero fue principalmente el gobierno el que se intimidó ante la perspectiva de otra demostración de masas de los estudiantes. Se inició entonces una campaña oficial en la que el gobierno utilizó todos sus recursos (la prensa, la radio, la televisión, la distribución con helicópteros de volantes intimidatorios, las mediaciones personales, etcétera) para impedir el acto. Los estudiantes se mantuvieron firmes y la marcha se realizó la tarde del día 13 con cientos de miles de participantes. El impacto moral y político de la marcha silenciosa fue, como se sabe, tremendo. El Estado había sufrido una nueva derrota, mucho más aciaga y dolorosa que las precedentes.

Incluso en el marco de la represión el movimiento siguió conquistando avances en la línea de atraer a los sectores populares al combate. En las secciones 34 y 35 de petroleros estallaron conflictos en relación con la represión y centenares de obreros se pronunciaron abiertamente en solidaridad con los estudiantes. Entre los ferrocarrileros sucedía otro tanto: numerosos ex militantes del movimiento vallejista se reunían para organizar su acción en el seno de la empresa y tratar de obtener una solidaridad activa de los trabajadores para con el movimiento. En la Tesorería, los burócratas, organizados en Comité de Lucha, desplegaban una actividad sin precedente; lo mismo acontecía en innumerables oficinas públicas. La agitación política parecía redoblar en el marco del terrorismo oficial. Durante esos días tuvieron lugar los acontecimientos de Topilejo. Ubicado a escasos kilómetros al sur de la ciudad, este poblado esencialmente campesino se convirtió en escenario de una especie de revuelta que trascendió como uno de los eventos más conocidos del 68. Los hechos, en síntesis, fueron los siguientes: la volcadura de un transporte colectivo dio por saldo

varios muertos, habitantes de Topilejo; la compañía de transportes se negó a pagar la indemnización correspondiente y los vecinos del poblado se acercaron a los estudiantes reclamando solidaridad. La respuesta estudiantil fue inmediata. Cientos de brigadistas se apersonaron en el poblado y comenzaron a desarrollar actividades de muy diverso tipo en favor de los habitantes de Topilejo: ayuda financiera, creación de círculos de estudio, aportación de servicios médicos, etcétera. En escasos días, la faz del pueblo se transformó y tomó el aspecto de un “territorio liberado” con banderas rojas y pósters revolucionarios decorando las humildes cabañas de los campesinos. Finalmente, y sin duda, por el temor a un desenlace político más grave, las autoridades intervinieron para conceder a los familiares de las víctimas una indemnización más importante. Aunque antes se habían acercado a los estudiantes otros grupos de campesinos con problemas particulares de muy diverso orden, sin duda que la cuestión de Topilejo representaba la presencia campesina más relevante en el movimiento de 68 y resulta altamente significativo que ese poblado se haya convertido en un gran polo de atracción para los estudiantes.

Después de los actos terroristas aislados, el siguiente paso en la escalada represiva fue la ocupación militar o policiaca de los espacios escolares. El día 18 de septiembre el ejército ocupó la Ciudad Universitaria en un claro intento de capturar en pleno al Consejo Nacional de Huelga. Sin embargo, la mayoría de los representantes estudiantiles escapó y la ocupación generó un escándalo mayúsculo; hubo protestas de intelectuales, de organizaciones académicas, de personalidades políticas, incluso de figuras extranjeras de la ciencia y de la cultura, etcétera. El rector de la Universidad condenó la ocupación y el presidente de la República, como respuesta, lanzó una campaña desde la Cámara de Diputados contra él. El objetivo, claro, era destituirlo y exhibirlo públicamente como “responsable” directo de lo que acontecía. Ante la maniobra, el CNH, desde la clandestinidad en que se encontraba, optó por hacer la defensa del rector y por todos los puntos de la ciudad aparecían consignas pintadas exaltando la figura de Barros Sierra. Finalmente, la Junta de Gobierno de la UNAM, obligada por la presión de las masas y pasando por encima de los designios presidenciales, resolvió rechazar la renuncia que les presentaba el rector. Nueva derrota política para el poder y nueva reafirmación del impulso combatiente de los estudiantes.

Después de que los granaderos ocuparon momentáneamente la Unidad Zacatenco del IPN, la siguiente operación del gobierno fue la ocupación del Casco de Santo Tomás. En el Casco, los estudiantes resistieron. Los granaderos se vieron obligados a retirarse y, poco después llegó el ejército. Los soldados realizaron tres intentos para capturar el edificio de la Escuela Nacional de

Ciencias Biológicas. Cuando lo lograron_sólo pudieron capturar a un grupo pequeño de jóvenes y en el_interior del edificio encontraron uno —¿o varios?— cadáveres de estudiantes. Otra derrota moral del ejército tuvo lugar_en la ocupación de la Vocacional 7, en donde los vecinos de_Tatelolco participaron en defensa de los estudiantes.

Por otro lado, la ocupación militar de la CU le “quemaba las manos” al gobierno. El secretario de Gobernación se apresuró a declarar que el poder no tenía intenciones de conservar esa situación y que las tropas saldrían de los locales universitarios en el momento en que así lo pidieran las autoridades escolares. El rector de la Universidad se negó a hacer esa solicitud por cuanto no existía razón para hacerlo. El gobierno se vio así en un nuevo atolladero. Finalmente, sin mediar ninguna demanda, las tropas salieron de la Ciudad Universitaria (el lunes 30 de septiembre) y el poder sufrió una nueva humillación. Apenas momentos después que esto se hizo, el CNH realizó en la misma CU una conferencia de prensa que constituyó un auténtico acto de victoria por la reconquista de este espacio escolar. Periodistas de todo el mundo —que venían al país por la Olimpiada— participaron en ella. Al siguiente día tuvieron lugar dos_mítines estudiantiles en la Ciudad Universitaria._

El movimiento mostraba su gran capacidad para superar_las condiciones adversas y propinar, incluso bajo ellas, golpes políticos contundentes al poder. Por esas fechas, en el_Comité Central del CNH se decidió lanzar una iniciativa_política general que permitiera organizar y unificar la acción de millares de estudiantes que, desde que se habían_iniciado las ocupaciones de escuelas, se encontraban actuando en dispersión por distintos rumbos de la capital y de la_provincia. Se pensó entonces en organizar una huelga de_hambre de los presos políticos. Frente a la represión se acudía a métodos de lucha de resistencia pacíficos y difíciles_de bloquear para las autoridades. La huelga de hambre se_preparó y se anunciaría el miércoles 2 de octubre en un_mitin que tendría lugar en Tlatelolco._

Pero la misma noche del 1o. de octubre se presentó una_circunstancia inusitada: a través de las autoridades universitarias, el Comité Central del CNH recibió una invitación_oficial para sostener una entrevista con dos representantes_directos del presidente de la República. La invitación se aceptó a título de realizar un sondeo sobre la disposición del_gobierno para solucionar el conflicto y sobre la base de que_en la entrevista no se negociaría sobre el pliego de demandas. La reunión entre estudiantes y representantes del poder_se realizó la misma mañana del 2 de octubre y en ella la_parte oficial declaró la buena voluntad del gobierno para_solucionar el conflicto. Los estudiantes

reiteraron que no era posible que esto último se diera mientras los locales escolares siguieran ocupados por las fuerzas armadas y sugirieron que, mientras surgían las condiciones para negociar el pliego petitorio, se podría iniciar un “diálogo de hechos” que podría comenzar con el desalojo de las escuelas por el gobierno. Al terminar la entrevista los delegados oficiales manifestaron que ésta había sido “cordial”.

En realidad, se trataba de una vulgar operación de distracción. Esta entrevista muestra la felonía que germinaba en las autoridades: esa misma tarde se consumó la masacre del mitin estudiantil que se realizaba en Tlatelolco.

La masacre y el final del movimiento

Los hechos del 2 de octubre son ampliamente conocidos y nos vamos a abstener de relatarlos en detalle. Sólo señala algunos puntos que creemos merecen resaltarse.

Las sucesivas derrotas políticas sufridas por el gobierno confirmaron su impotencia frente al movimiento estudiantil. Esto y la efervescencia creciente en el interior de los sindicatos que amenazaba con convertirse de un momento a otro en un estallido obrero de grandes proporciones, así como la proximidad del inicio de la Olimpiada, todos estos factores en conjunto influyeron para que el Estado decidiera tomar una decisión bárbara y radical: consumir un asesinato colectivo contra los estudiantes. El crimen tuvo lugar el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco cuando se realizaba un mitin pacífico en el que participaban unas 10 000 personas entre estudiantes, padres de familia, niños, obreros y gente del pueblo en general. La multitud inerme fue atacada a golpes de bayoneta y disparos, la tropa incluso llegó a hacer disparos de cañón contra el edificio que los estudiantes ocupaban como tribuna. El saldo de la masacre fue de gravísimas proporciones: algunos periodistas calcularon que en ella perecieron centenares de personas; hubo cientos de heridos y millares de detenidos. El gobierno explicó los acontecimientos mediante el infundio de que había habido “un enfrentamiento armado entre el ejército y los estudiantes”.

Como se sabe, la represión se realizó mediante una operación combinada en la que participaron tanto el Batallón Olimpia (vestido de civil, ocupando el edificio Chihuahua, tribuna de los estudiantes) como tropas ordinarias (atacando en cerco a la multitud). El Batallón Olimpia era dirigido por agentes de la Federal de Seguridad, la policía política de México; las tropas ordinarias, a su vez, eran dirigidas por un militar, el general Hernández Toledo. Unos y otros dispararon contra la multitud desde ángulos encontrados, de manera que la balacera semejara un encuentro entre dos

partes beligerantes. En realidad los estudiantes realizaban un mitin pacífico y ningún grupo estudiantil alentaba la idea de un enfrentamiento suicida con el ejército. Simple y llanamente los estudiantes carecían de armas. Cuando la masacre se inició, hubo un hecho insólito y difícil de explicar: un disparo de fusil r-15, un arma reglamentaria de los soldados norteamericanos en Vietnam, abatió al general Hernández Toledo. La jefatura de las operaciones pasó entonces a manos del coronel Mendiola, subjefe de la policía y acusado reiteradamente de agente de la CIA. Si se toma en cuenta la afirmación de Philip Agee¹² de que el centro de operaciones de la CIA en 1968, era el Comité Olímpico, organismo del cual dependía estrechamente el Batallón Olimpia, puede concluirse, con cierta base, que en la masacre de Tlatelolco tuvo una participación relevante la agencia norteamericana. Tal posibilidad encaja coherentemente con el interés del vecino del norte por defender el orden “institucional” en un país cuyos dirigentes se habían mostrado, en esencia, como sólidos aliados del imperialismo norteamericano.

La masacre de Tlatelolco marca el punto de declinación del movimiento estudiantil de 1968. La descomposición del movimiento se dio en forma acelerada. Muchos de los dirigentes más destacados del CNH fueron aprehendidos en Tlatelolco y otros más pasaron a ocultarse intimidados por la idea de que se les asesinara o encarcelara. La dirección estudiantil quedó reducida a un puñado de estudiantes que adoptaron, desde el 2 de octubre, una política defensiva. Los medios de información se encargaron de desbaratar la imagen que previamente había mostrado el movimiento: los estudiantes fueron acusados de “guerrilleros” o de oportunistas; se habló de deshonestidades, de colusión de los estudiantes con políticos profesionales “resentidos”, etcétera. En el seno del movimiento estudiantil comenzaron a darse síntomas graves de deterioro: los miembros restantes del CNH comenzaron a entrevistarse con mucha frecuencia con los mismos delegados presidenciales de la entrevista del 2 de octubre, y en esas reuniones la parte oficial se encargó de lanzar amenazas intimidatorias contra el estudiantado. La más grave de éstas fue que “el gobierno clausuraría tanto la Universidad como el IPN en caso de que los estudiantes no levantaran las huelgas” y se volviera a la normalidad. Ante tal perspectiva, los estudiantes reaccionaron divididos. Una parte de los dirigentes, muchos de ellos del PCM, se lanzó arduamente a una campaña para, precisamente, levantar las huelgas. En el lapso transcurrido entre el 2 de octubre y el 4 de diciembre, no hubo ninguna iniciativa política capaz de sacar de su postración al movimiento. Los dos mítines importantes que tuvieron lugar durante este periodo fueron actos poco relevantes,

12 Véase Philip Agee, *Inside the Company*. Ed. Penguin Books.

dominados por el temor, de los cuales_no surgió ninguna perspectiva que permitiera levantar el espíritu de combate de las masas. Finalmente, después de un_largo proceso de dolorosas y violentas discusiones en el seno_del CNH, se decidió levantar las huelgas el día 4 de diciembre. El CNH se declaró disuelto dos días después.